

GIORDANUS

06
CICCO
71

417





1020000780



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



103417

DISCURSO

PRONUNCIADO

EL DIA 20 DE AGOSTO DE 1871

POR EL

C. JOSÉ MARIA LAFRAGUA,

EN CONMEMORACION

DE LA BATALLA DE CHURUBUSCO.



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO,
IMPRENTA DEL GOBIERNO, EN PALACIO,
A CARGO DE JOSÉ M. SANDOVAL.

1871.



FONDO
DE LA BATALLA DE CHURUBUSCO



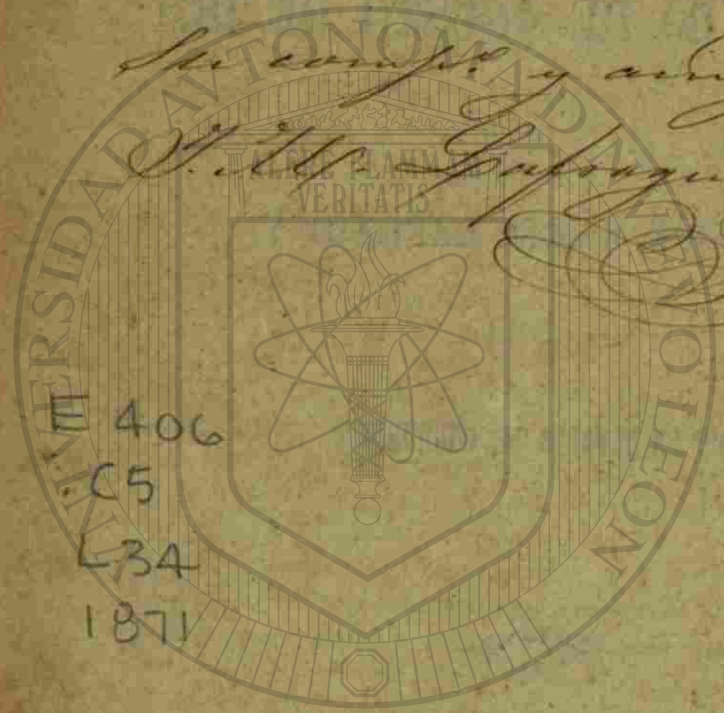


M. Sr. Lic.

D. Luis Malamed

su amigo y amigo

H. M. Guzmán



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA



FONDO
HERNANDO DIAZ RAMIREZ

EN la vida de las naciones hay, como en la vida de los hombres, ciertos períodos de tenaces infortunios, que las pasiones de los individuos y la preocupacion de los pueblos atribuyen por lo comun á una ciega fatalidad ó á un destino inexorable. La vanidad de los unos y la soberbia de los otros, velando los errores del pasado, desnaturalizan el mal presente, que examinado por el criterio, siempre falaz, de una pasion desacordada, no puede ser debidamente estimado, ni servir de ejemplo, que cierre la puerta á nuevas y quizá á mayores desgracias. Los pueblos casi nunca pueden examinar ni calificar imparcialmente sus propias acciones; porque, lo mismo que los individuos, propenden en virtud de un sentimiento natural á juzgarse con benignidad cuando ménos, imputando á causas extrañas los desastres que experimentan y cuyo origen no debieran buscar mas que en sus mismos anales.

De esta equivocacion irremediable, porque es el triste patrimonio de la humanidad, se deducen apreciaciones casi siempre inexactas de la conducta de los hombres públicos, que cuando ante la posteridad son juzgados por la impasible historia, aparecen mas grandes ó mas pequeños de lo que fueron ante el tribunal, unas veces demasiado benigno, otras demasiado severo, mas acaso nunca imparcial, de sus contemporáneos. Y como el juicio de los hombres entraña necesariamente

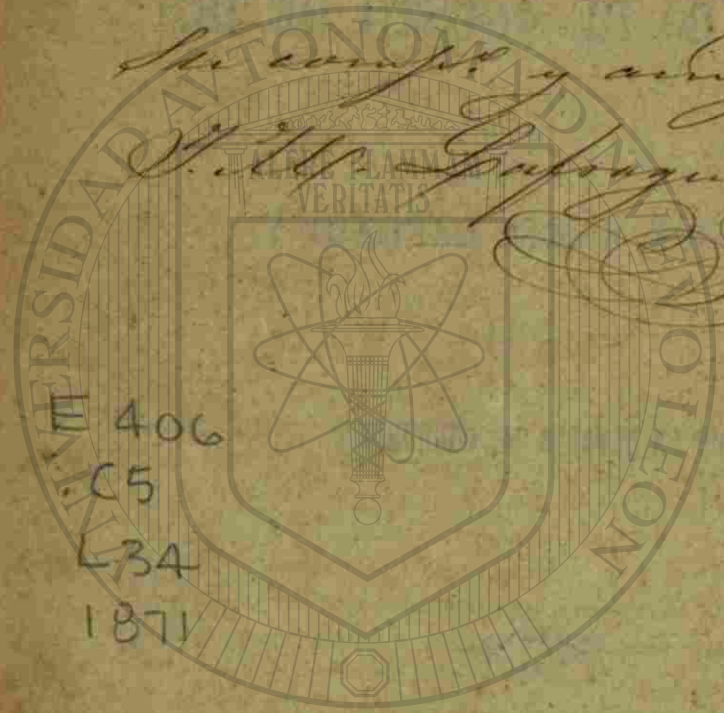


M. Sr. Lic.

D. Luis Malamed

su amigo y amigo

H. M. Guzmán



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA



FONDO
HERNANDO DIAZ RAMIREZ

EN la vida de las naciones hay, como en la vida de los hombres, ciertos períodos de tenaces infortunios, que las pasiones de los individuos y la preocupacion de los pueblos atribuyen por lo comun á una ciega fatalidad ó á un destino inexorable. La vanidad de los unos y la soberbia de los otros, velando los errores del pasado, desnaturalizan el mal presente, que examinado por el criterio, siempre falaz, de una pasion desacordada, no puede ser debidamente estimado, ni servir de ejemplo, que cierre la puerta á nuevas y quizá á mayores desgracias. Los pueblos casi nunca pueden examinar ni calificar imparcialmente sus propias acciones; porque, lo mismo que los individuos, propenden en virtud de un sentimiento natural á juzgarse con benignidad cuando ménos, imputando á causas extrañas los desastres que experimentan y cuyo origen no debieran buscar mas que en sus mismos anales.

De esta equivocacion irremediable, porque es el triste patrimonio de la humanidad, se deducen apreciaciones casi siempre inexactas de la conducta de los hombres públicos, que cuando ante la posteridad son juzgados por la impasible historia, aparecen mas grandes ó mas pequeños de lo que fueron ante el tribunal, unas veces demasiado benigno, otras demasiado severo, mas acaso nunca imparcial, de sus contemporáneos. Y como el juicio de los hombres entraña necesariamente

el de los hechos, embellecidos unos sin discrecion, afeados otros sin justicia, la opinion se extravía y la sociedad se equivoca en sus fallos.

En esas épocas en que los cálculos mejor combinados salen fallidos: en que se frustran las empresas mas bien arregladas: en que huyendo de un escollo, se tropieza en otro: en que los dias se cuentan por las calamidades públicas, el pueblo, que apura gota á gota el cáliz amargo del infortunio, creyendo perdida hasta la esperanza del remedio, se envuelve entre los densos pliegues de su mal, y no interroga, cual debe, al pasado ni busca en su propio seno el gérmen de los pesares que le devoran. Pero pasan los años: el tiempo, inflexible, aunque lento en su accion, arrancando á las pasiones su ponzoña, endulza la amargura de los dolores; y sin imponer silencio al corazon, lo limpia de todo sentimiento bastardo y lo dispone á oír con docilidad y respeto las tristes revelaciones de la austera verdad. Entónces se alza señora la razon; y sujetando los hechos á severo juicio, busca y encuentra en los errores de los tiempos que pasaron, la verdadera causa del diluvio de males que se desborda sobre una generacion, muchas veces víctima inocente de faltas ajenas.

Esta no es una teoría: es por desgracia la desconsoladora realidad, que la historia del mundo tiene escrita con caracteres de sangre. ¿Fué un destino inexorable el que arrojó á los piés de Alejandro las repúblicas de la mística Grecia, hermosas hurís de ese bello paraíso del mundo antiguo? ¿Fué la ciega fatalidad la que las precipitó en la vorágine de Roma despues de una larga y congojosa agonía?..... No: fueron sus errores: fueron sus luchas fratricidas: fueron sus vicios: fueron sus crímenes. Los griegos que encadenó el héroe de la Macedonia, no eran ya los soldados de Maraton y de Salamina, ni sus jefes se llamaban Milciades ó Temístocles. Destrozados por las guerras civiles: dominados ora por tiranos feroces, ora por una democracia turbulenta, perdian y cobraban el cetro aquellos pueblos, y corrompian sus costumbres, y manchaban su nombre, y agotaban sus fuerzas, ostentando siempre un heroísmo verdaderamente estéril. ¿Y despues?.... Despues brilló Pericles, dorando ya con no muy puras glorias los vicios de aquella sociedad, que por en medio de sus soberbios monumentos corrió en rápida pendiente á perderse en el torbellino de la señora del mundo; porque entre los últimos helenos ya no habia justos co

mo Aristides ni filósofos como Platon: porque al morir, condenados por su ingrata patria, Demóstenes se habia llevado consigo la elocuencia y Sócrates la virtud.

¿Fué el destino inexorable el que arrojó la república romana en los brazos de los emperadores? ¿Fué la fatalidad ciega la que despues precipitó el imperio á los piés de los bárbaros? No: fueron los errores y los vicios de la una y del otro, que corroyendo el cuerpo social, hicieron á la primera fácil presa de la ambicion y abrieron las puertas del segundo á las irrupciones de las tribus del Norte. Los soldados de Sila no eran ya los heróicos guerreros que bajo las banderas de los Fabios, de Camilo y de los Scipiones habian llevado por donde quiera las águilas de la república en las alas de gloriosas victorias, dilatando por donde quiera los límites de la civilizacion. La guerra civil, gangrenando las costumbres, desorganizando la administracion y torciendo la justicia, habia ahogado en la sangre de los mejores ciudadanos la noble y austera sociedad de los primeros tiempos; y el *pueblo rey*, degradado de su antigua y sencilla magestad, estaba pronto á comprar con su poder y su gloria los placeres y las delicias que le brindaba la dorada tiranía de sus dictadores. La libertad naufragó en las aguas del Rubicon; y César, á pesar de su grandeza, no fué ya el digno jefe de una república ilustre, sino el embozado señor de una sociedad degenerada, cuya última virtud huyó con la noble alma de Caton.

Augusto dió la paz al mundo; pero entre los goces de esa paz material se robustecieron los vicios y se desarrollaron los elementos deletéreos, que minando las bases de aquel soberbio edificio, desbarataron al fin el gigantesco imperio, de cuyas magníficas ruinas brotaron mas tarde las naciones que forman la sociedad moderna. Los soldados romanos se cuidaban ya muy poco de la gloria: su principal oficio era crear y asesinar emperadores que, si se exceptúan Trajano, Marco Aurelio y algunos otros, se bañaron en sangre, arrastraron la púrpura por el cieno, desencadenaron todos los vicios, autorizaron todas las torpezas, consagraron todos los errores, y degradando la dignidad humana, deificaron hasta los mismos crímenes. Y aquellos romanos que, cegados por la soberbia, decian—fuera de Roma todos son bárbaros,—cayeron humillados á los piés de los mismos bárbaros que tanto

habian despreciado; y entre las horribles convulsiones de la mas angustiosa agonía, vieron á las hordas salvajes repartirse los miembros de aquel inmenso imperio, cuya débil sombra se desvaneció al fin en la antigua Bizancio ante la pálida luz de la Media-Luna.

Muy fácil me sería, conciudadanos, presentaros mil ejemplos de tan tristes verdades con solo recorrer la historia de los pueblos modernos. Mas ¿qué necesidad tenemos de buscar otras pruebas, cuando la Francia nos acaba de dar la mas terminante, la mas clara, la mas plena? La catástrofe sin igual que ha pasado á nuestra vista, no ha sido ciertamente la obra de la ciega fatalidad; porque no fué esta la que presidió á los desastres de Sedan y de Metz, ni fué un destino inexorable el que dirigió la escandalosa revolucion de Paris. Apenas hace trece meses se levantaba en la antigua Lutecia un imperio, que despues de no pocos años de existencia, aparecia robusto y dominador. Pero era el coloso de oro con piés de barro; porque habia sido erigido sobre la sangre y amasado con las lágrimas del pueblo frances, y solo debia su vida á la fuerza material y al temor á la anarquía, no al consentimiento ni ménos al afecto de aquella sociedad. Vencedor en otras partes, aunque no en todas justo, deseó extender su dominacion al Nuevo-Mundo; y aprovechándose de errores, que ya olvidó la patria, ofreció un poder usurpado y un trono de oro con cimientos de plata al mal aconsejado hijo de los Césares, que seducido por tan fácil grandeza, vino á México arropado entre los pliegues de la bandera de Francia, y volvió envuelto en un sudario á descansar entre sus antepasados.

La invasion de México, de todo punto injustificable, y el término, bien poco digno por cierto, de la intervencion francesa, fueron sin duda eficaces causas del desconcierto de aquel imperio; porque no solo lo desacreditaron ante el mundo imparcial, sino que lo debilitaron física y moralmente en el interior, abriendo espaciosa brecha en sus elementos constitutivos. De este y de otros mil errores ha dependido la caída del trono imperial, cuyos ejércitos, debelados unos tras otros en muy pocos meses, no podian suplir con el valor la falta de medios materiales, ni prolongar un dia mas un poder que estaba ya juzgado por la conciencia pública. Y ellos tambien dieron ocasion á que una turba de hombres frenéticos, sacrificando al desarrollo de ideas perniciosas la honra de su patria, ofrecieran al mundo, cuando

ardía aún la mecha de los cañones prusianos, el vergonzoso espectáculo de la destruccion de los monumentos en que se registraba la gloria del pueblo frances, y el mas horrible todavía, de convertir en un cementerio espantoso la ciudad que se llamaba capital del mundo.

Y como la República Mexicana ha tenido en su seno tan encontrados elementos, era imposible que dejara de sufrir la adversa suerte de las demas naciones. México tambien recorrió un período de constante infortunio, en que el sol no se alzaba del horizonte sino para alumbrar nuevos males, que tambien fueron necesaria consecuencia de faltas antiguas. No es mi intento descoger á vuestra vista el triste panorama de nuestros errores; pero me hallo en la indeclinable necesidad de bosquejar uno de sus lados, á fin de que se pueda estimar en su verdadero valor la ínclita hazaña de que fueron mudos testigos hoy hace 24 años estos lugares, entónces regados con sangre ilustre y hoy con las lágrimas de la gratitud nacional.

Colonia de España, México no es, ni puede ser responsable del error que en mi concepto fué la causa primera de los males que despues llovieron sobre nuestra generacion. Este país privilegiado, cuyo cielo no tiene rival, y en cuyo suelo de entrañas de oro y plata gozamos todos los climas y gustamos todos los frutos: este país de verdaderas delicias, donde vivir es gozar, y donde por su admirable situacion geográfica podemos tocar con las manos los dos mares, contiene un elemento realmente peligroso en su inmensa frontera. Vecino de un pueblo activo, rico y emprendedor, que en ménos de un siglo se ha levantado á una altura que apenas alcanza la imaginacion, ha sufrido la ley terrible que la naturaleza impone á los séres débiles. En el siglo anterior habia sin embargo dos vallados que defendian la colonia; pero España perdió una tras otra las Floridas y la Luisiana, franqueando de este modo el camino de Tejas. Y como si estas causas no bastaran, el gobierno español en los momentos en que agonizaba aquí su poder, autorizó la colonizacion de aquella provincia por individuos de la nacion limítrofe, abriendo así ancha puerta á pretensiones, que despues se convirtieron en exigencias, y que revestidas al fin, aunque malamente, del carácter de derechos, llamaron sobre nosotros una guerra tan injusta como desastrosa.

Consumada la independenciam, México, aunque intentó contener el

mal, no pudo lograrlo, por dos causas poderosas. Fué la primera la consideracion debida á los Estados-Unidos, que habian reconocido nuestro nuevo sér político cuando aún se adormia el gobierno español con la ilusion de reconquistar sus antiguas colonias. Fué la segunda la agitacion en que vivimos durante muchos años, en que la lucha incesante de los partidos, el choque diario de los intereses y la violencia de las pasiones apenas dejaba tiempo á nuestros gobiernos para proveer á su propia seguridad y al ensayo de algunos de los elementos, ya morales, ya materiales, que se creian necesarios para consolidar y perfeccionar la organizacion de la nueva sociedad mexicana.

Como era natural, el desconcierto de nuestro sistema administrativo y los males consiguientes á las revueltas intestinas, fomentaron y robustecieron en los colonos de Tejas el sentimiento de independencia, que en 1835 encontró el mas fuerte apoyo en la destruccion del régimen federal. No fué, ni pudo ser ese acontecimiento un motivo fundado, sino un pretexto tan plausible como especioso; porque si los tejanos tenian, como ciudadanos de México, derecho de sostener el sistema federativo, no lo tenian seguramente para romper los lazos que los unian á la República, cuyos bienes y males debian partir con los demas mexicanos. Pero ¿quién puede pedir lógica á las pasiones y á los intereses? Tejas se sublevó; y el fatal resultado de ese acto de suprema ingratitud, fué una guerra de doce años, cuya primera página se escribió con sangre en San Jacinto, firmándose la última con lágrimas en la ciudad de Guadalupe Hidalgo.

Durante ese largo período, nuevos errores aumentaron el ya crecido guarismo de nuestros males. Las continuas revueltas, los cambios de gobiernos y de sistemas, la lucha entre el pasado de la colonia y el presente de la República, entre los antiguos hábitos monárquicos y los nuevos principios democráticos, trabajando sin cesar el cuerpo social, desconcertaron la hacienda, desmoralizaron el ejército y gangrenaron completamente la administracion pública en todos sus ramos. Cada pronunciamiento anunciaba la guerra de Tejas: cada contribucion se destinaba á la guerra de Tejas; y sin embargo, esa guerra se dilataba de mes en mes y de año en año, sin mas frutos que el engrandecimiento de la nueva república y la mengua de nuestro decoro.

Así vivimos hasta 1845, en que la criminal ambicion de los Estados del Sur y la culpable deferencia de los del Norte, dictaron al congreso de Washington, aunque con muy escasa mayoría y contra la opinion de algunos de sus hombres mas eminentes, la ley que admitió á Tejas en la Union Americana, que agregó de este modo á su brillante pabellon una estrella bien poco gloriosa. Y al mismo tiempo que los Estados-Unidos cometian este grave error, un cuerpo de nuestro ejército daba en San Luis Potosí el escándalo mas trascendental, cuando en vez de marchar á la frontera, vino á México á destruir el gobierno legítimo y á representar en seguida la primera escena del desastroso drama monárquico, que al fin se ejecutó en 1863.

Bajo tan funestos auspicios se abrió en 1846 la campaña contra los Estados-Unidos. El ejército, fluctuando entre los generales Santa-Anna y Paredes: un partido queriendo establecer la monarquía: el otro deseando restablecer la federacion: la hacienda pública sin recursos: los puertos bloqueados: la confianza debilitada cuando ménos: la sospecha de traicion arteramente deslizada contra el general Santa-Anna despues de su regreso al país: la artillería y el armamento inferiores á los del enemigo: los materiales de guerra imperfectos: la guardia nacional improvisada..... hé aquí no todos, sino los principales obstáculos que teniamos que vencer para resistir dignamente á un ejército bien organizado y que podia renovarse con solo quererlo, prolongando la lucha por un tiempo indefinido.

¿Fué, pues, la ciega fatalidad la que causó nuestros desastres? Si las derrotas hubieran alternado con las victorias, pudieran atribuirse aquellas á faltas secundarias, á vicios especiales; pero la serie no interrumpida de reveses, que desde los límites de Tejas hasta Veracruz, dejó marcado con una huella de sangre el camino del vencedor; no puede atribuirse mas que á la reunion de las funestas circunstancias que brevemente he bosquejado.

Tocamos ya, conciudadanos, al acontecimiento cuyo recuerdo nos reúne hoy en este lugar. Palo Alto y la Resaca, Chihuahua y California, Monterey y la Angostura, Veracruz y Cerro-Gordo habian visto al valor desgraciado luchar sin fruto, por falta de buena direccion unas veces y por falta otras de medios materiales. El ejército americano ocupó al fin el valle de México; y el general Santa-Anna,

venciendo graves dificultades, justo es decirlo, preparó activamente la defensa de la capital. El ejército del Norte, la guardia nacional y una nueva fuerza improvisada eran los defensores de México; mas exceptuando el primero y una parte de la última, el resto se componía de soldados bisoños y de oficiales inexpertos, que con un corazón leal y con una resolución heroica se decidieron á morir por la mas justa de las causas.

El día 8 de Agosto de 1847 el estampido del cañon nos anunció que el enemigo estaba á las puertas de México, fortificada especialmente por el lado oriental, que era el mas indicado para el ataque; pero el general Scott, dando un rodeo imprevisto, se presentó por el Sur, y dejó así burlados los planes en que se habia hecho consistir la principal defensa. El día 19, un encuentro, aunque favorable á nuestras armas, fué el triste preludio de nuestra completa desgracia; y la derrota sufrida en Tadierna á la madrugada del 20 por el ejército del Norte, probó que nuestros males tocaban ya á su colmo. La historia justa é imparcial decidirá causa tan grave entre los generales Santa-Anna y Valencia; pero haya sido la culpa del uno ó del otro ó de entrambos; haya sido mal comprendida la situación; hayan sido mal concebidas ó mal ejecutadas las órdenes, el hecho, desgraciadamente indudable, fué: que en la mañana de ese día funesto las calzadas que de Tlalpam y de San Angel conducen á la capital, ofrecian á la vista el cuadro mas horrible que puede concebir la imaginacion. Los restos del ejército del Norte y el que en persona mandaba el presidente de la República, se retiraban en un completo desorden, que era tanto mas espantoso, cuanto que unos se habian creido vencedores, otros se veian privados de la gloria de combatir y todos se consideraban, y con razon, víctimas de faltas ajenas. Perseguidos de cerca por los americanos, dejaban tras sí aquellos soldados los elementos de guerra, que habrian servido quizá para obtener una paz honrosa; porque esta habria sido la consecuencia necesaria de un triunfo en aquellos terribles momentos. Y aunque en San Antonio, en el Puente, en Zotepingo y en los Portales se opuso todavía alguna resistencia, nada pudo impedir los desastrosos efectos de la retirada, que, como todas, fué una nueva derrota, no solo física sino moral, ni evitar el completo abandono del único baluarte de nuestra ya casi imposible defensa.

El antiguo convento de Churubusco, aislado y sin alturas que lo protegieran, era el valladar que debia detener en su marcha victoriosa al ejército de los Estados-Unidos. ¿Cuáles eran sus elementos de defensa? Unas malas trincheras á barbata, que no cubrian todos sus lados y que no podian oponer larga resistencia á la artillería enemiga: cuatro cañones de á 8, uno de á 6 y dos de á 4, y ménos de mil soldados, cuyas nueve décimas partes veian por la primera vez una batalla. ¿Quiénes eran los defensores de Churubusco? Treientos sesenta hombres del batallon de Independencia: treientos veinte del de Bravos y sobre doscientos formados de los piquetes de Chilpancingo, Tlapa y Galeana y de una compañía de los desgraciados irlandeses de San Patricio. Hé aquí la fortaleza y el ejército que iban á resistir á siete mil hombres victoriosos, enorgullecidos, dignamente mandados y provistos de todos los elementos necesarios para la guerra. Hé aquí las víctimas irremisiblemente destinadas á pagar con su sangre los errores de los que pudieron y debieron salvar á la patria en aquel día ó morir con honra. Pues bien: esos pocos soldados fueron los que, dirigidos por los generales Rincon y Anaya, hicieron en Churubusco una defensa, que el general Scott en su parte llama desesperada y que realmente merece el nombre de heroica. Oid, compatriotas, el sencillo parte del general en jefe:

«Ministerio de guerra y marina.—Ejército de vanguardia.—General Rincon.—Exmo. Sr.—En cumplimiento de las órdenes de V. E., me encargué del mando de las armas en el punto de Churubusco, la tarde del 18 del corriente, y al momento comencé á activar las fortificaciones; pues la parte del Poniente y del Sur estaba al descubierto, poniéndome al efecto, de acuerdo con el capitán D. Francisco Palafox; para la ejecucion de las obras mas necesarias.

«El 19 por la tarde recibí órdenes de V. E. para que marcharan á la hacienda de San Antonio los batallones de Guardia Nacional Hidalgo y Victoria, como lo verificaron sin demora, quedando para la guarnicion del punto los batallones nacionales de Independencia y Bravos.

«En la madrugada del día 20 llegó una pieza de á cuatro, con su correspondiente dotacion, y mandé colocarla en el rediente que se ha-

llaba en el camino de Coyoacán, destacando, á la vez, 150 hombres del regimiento de Independencia, para ocupar la iglesia de dicho pueblo, y que observasen al enemigo. A poco rato recibí orden de venir á este pueblo con toda la fuerza de mi mando, dejando en el de Churubusco una corta guarnición; pero inmediatamente tuve contraorden, sin duda por el desapercibido suceso ocurrido en las lomas del Pedregal, por lo que consideré prudente mantener sobre las armas los expresados cuerpos.

«No pasó mucho tiempo sin llegar el Sr. director de artillería, D. Martín Carrera, con seis piezas de varios calibres, que mandé colocar inmediatamente en batería sobre el camino de Coyoacán, troneras del centro y rediente que da vista al camino de San Antonio.

«En estos momentos, el Sr. general D. Francisco Pérez, á la cabeza de su brigada, pasó por Churubusco, siguiendo á la hacienda de Portales, como lo mandó V. E., y á poco de separarse V. E. mismo de nosotros, acabó de pasar la retaguardia de dicha brigada, con el desorden consiguiente á la proximidad del enemigo, que ocultándose entre las casas de adobe, milpas y árboles frutales, avanzaba sobre nuestra línea. La fuerza del batallón de Independencia, que al mando del primer ayudante D. Francisco Peñúñuri estaba en Coyoacán, había sufrido mucho por la bizarría con que sostuvo su retirada, logrando incorporarse á nuestras fuerzas, aunque dejando en el campo algunos muertos y prisioneros.

«Como yo conocí que íbamos á ser atacados, con anticipación me puse de acuerdo con el Exmo. Sr. general D. Pedro María Anaya, mi segundo y jefe de los cuerpos nacionales, para adoptar los medios mas convenientes de defensa, poniendo inmediatamente en conocimiento de V. E., que el enemigo cargaba con todas sus fuerzas sobre el punto; y mi ayudante el capitán D. José Martínez, me dijo que V. E. disponía *nos defendiésemos*.

«En virtud, pues, de esta orden, y en cumplimiento de mi deber, dispuse: que el batallón de Independencia cubriera, como lo verificó, las alturas del convento, la derecha hácia el puente, toda la parte que se hallaba sin fortificación, y dos casitas de adobe avanzadas, que se atronaron para impedir el que fuéramos flanqueados por ese punto. El batallón de Bravos y compañías de San Patricio ocuparon los re-

dientes, y cortinas del frente é izquierda, fortificadas á barbata. En este estado fuimos atacados vigorosamente por dos divisiones enemigas, con la fuerza de mas de seis mil hombres y algunas piezas de artillería, mandadas las primeras por los generales Worth, Smith y Twiggs. El señor general D. Pedro María Anaya, desde la esplanada del rediente de la izquierda, observó que el enemigo cargaba con una columna sobre aquel punto, y con sus disposiciones logró rechazarla, aunque tuvimos la desgracia de que se incendiaron algunos cartuchos de cañón, quemándose el mismo señor Anaya, un capitán inglés adicto, y tres artilleros, quedando estos imposibilitados de continuar en la batería.

«El enemigo redobló sus esfuerzos para ocupar el punto; pero encontró siempre un valor y resistencia admirables, siendo rechazado cuantas veces cargó; por lo que dirigió sus fuegos por el frente y de recha.

«El reducto del Puente, sobre el camino de San Antonio, cuya defensa no estaba á mi cargo, fué atacado por el enemigo y tomado, por lo que ya pudo libremente envolver nuestra posición, por la parte que mira al Sur; pero las tropas de mi mando no desmayaron, y siguieron batiéndose con denuedo. Poco ántes de ser ocupado el Puente por los enemigos, llegaron en auxilio nuestro los picquetos de Tlapa, Chilpancingo y Galeana, que cooperaron á defender la parte descubierta del Poniente, y sus jefes y oficiales se portaron con valor.

«Por mas de tres horas el fuego fué vivísimo, por cuya causa el armamento padeció mucho, inutilizándose la mayor parte, especialmente el del batallón de Independencia. Los cartuchos de quince adarles, calibre de nuestros fusiles, se consumieron todos: no había mas piedras de chispa que las puestas, pues las de reserva se habían consumido, y no quedaban mas que unos cuantos cajones con cartuchos de 19 adarles, que eran inútiles, porque uno que otro fusil había de ese calibre. Dos piezas de artillería se desfogaron; una se desmontó, y para el resto solo quedaron pocos tiros, pues el parque se había consumido; y cuantas personas se mandaban en busca de parque, ó no volvían, ó avisaban que lo esperásemos, aunque no llegó.

«La sangre de nuestros compatriotas se había derramado á torrentes

en aquel recinto, como lo acreditan 136 muertos y 79 heridos, * segun verá V. E. por el adjunto estado marcado con el núm. 1; por cuya causa nuestra fuerza se habia debilitado, y muertos ó heridos nuestros mejores artilleros, nuestros fuegos se minoraron considerablemente; lo que advertido por el enemigo, cargó sobre el punto, donde todavía encontró resistencia en las bayonetas de los valientes que lo defendian; pero al fin fué preciso replegarse al interior del convento, como lo hicieron nuestros soldados, con admirable orden y serenidad, sin que faltasen de sus puestos los señores jefes y oficiales, resolviéndonos el Exmo. Sr. general D. Pedro María Anaya y yo, así como todos, á sufrir la suerte que nos tocara ántes que entrar en capitulaciones de ninguna clase.

«La defensa, Exmo. Sr., fué vigorosa, y se habria prolongado si no fuera por las causas expresadas: pero doscientos veinticuatro ciudadanos nuestros han derramado su sangre en defensa de la patria; el campo enemigo quedó sembrado de cadáveres, entre los que se cuentan jefes de mucho valor y graduacion, oficiales y tropa, cuya pérdida le es muy sensible; y sin duda por eso el enemigo elogia y admira nuestra resistencia.

«La República debe llorar la pérdida del bizarro primer ayudante del batallon de Independencia D. Francisco Peñúñuri, y la de los demas que han muerto defendiendo los sacrosantos derechos de su patria, cuyas familias merecen la alta consideracion del supremo gobierno, que debe dispensarla tambien al valiente capitán de cazadores del batallon de Independencia D. Luis Martinez de Castro, quien recibió dos heridas mortales.

«Por último, á todos cuantos bajo mis órdenes se batieron en Churubusco, los creo muy dignos de la consideracion del supremo gobierno, por su brillante comportamiento, causa por la que no me atrevo á hacer recomendacion alguna; pues la gloria adquirida es toda de ellos, y toda por ellos, y el hablar particularmente de alguno, tal vez sería una injusticia. Pero si cabe alguna distincion, permítaseme la haga á favor del Sr. general D. Pedro María Anaya, quien sin embargo de estar quemado del rostro y manos y lastimado de una espi-

* A los 136 muertos y 79 heridos de la clase de tropa, deben agregarse 5 oficiales muertos y 4 heridos.

nilla, recorria todos los puntos, presentándose en los mayores peligros y reanimándonos con su ejemplo. Tambien recomiendo á V. E. al coronel retirado D. Eleuterio Mendez, quien acreditó su valor y serenidad al frente del peligro; repitiendo que no hago mas recomendaciones, porque me seria imposible, puesto que todos han llenado sus deberes con entusiasmo, valor y decision admirables.

«Para concluir, acompaño á V. E. bajo el núm. 2, el parte del jefe que mandaba la artillería, y con el 3 la relacion nominal de los Sres. jefes y oficiales que se hallaron en tan gloriosa defensa y son hoy todos prisioneros de guerra, para que sus nombres se publiquen en el periódico oficial, si fuese del agrado de V. E., y se les dispensen por el supremo gobierno las gracias á que los considere acreedores.

«El enemigo llegó al momento, siendo el primero con su fuerza el capitán del 3º de línea, de la 2ª division de la 1ª brigada J. S. M. Smith, quien contuvo el fuego de su tropa, y mandó fijar un pañuelo blanco en el parapeto, cuyo hecho refiero en honor de tan bizarro oficial. Las demas fuerzas enemigas llegaron simultáneamente con el general Twiggs y varios jefes, distinguiéndonos todos con la mayor consideracion, sin exigirnos el empeño de nuestra palabra, sin despojarnos de nuestras espadas y propiedades, y mandando que fuésemos respetados por todos los americanos, como en efecto se ha verificado hasta hoy; y si atendemos al modo con que nos hicieron prisioneros, es necesario hacerles justicia, diciendo que son generosos, pues hasta sus soldados respetan á los defensores de Churubusco.

«Dios y libertad. San Angel, Agosto 26 de 1847.—*Manuel Rincon*.—Exmo. Sr. general de division, benemérito de la patria, D. Antonio Lopez de Santa-Anna, presidente de la República y en jefe del ejército mexicano.»

(Veanse los documentos 1 á 7).

Esta es la relacion oficial, en la que desde luego se escucha el acento de la verdad pronunciada por los labios de un hombre tan modesto como honrado. Pero hubo muchos incidentes que es justo legar á la posteridad: escogeré algunos solamente para no fatigar vuestra atencion.

Quando en virtud de órden expresa del general Santa-Anna se separó de Coyoacan el comandante Peñúñuri, cubrió la retirada del ejército con notable valor y exponiendo resueltamente su vida y la de sus soldados; quienes, aunque contra su voluntad, abandonaban aquel punto avanzado. Hubo sin embargo tres de ellos, que no pudiendo sobreponerse al sentimiento que les causaba la retirada, permanecieron en Coyoacan, y posesionándose de uno de los robustos árboles que adornan la plaza del pueblo, resistieron al enemigo con sin igual audacia. Dos compraron allí una muerte gloriosa; y el tercero, despues de resistir solo, cayó herido en poder de los americanos, que respetaron tanto valor y tanta desgracia. Ese soldado heroico, que entónces era sargento de Independencia, murió, siendo teniente, fusilado en la villa de Tacubaya el 11 de Abril de 1859 en defensa de la constitucion. La guerra civil fué mas despiadada que el enemigo extranjero con ese buen ciudadano, cuyo nombre, que no debe olvidarse, era D. Ignacio Sierra.

Dignos son tambien de quedar consignados los nombres de dos sargentos ancianos, Pineda y Navarro. El primero, vencido por el peso de ochenta años, se ocupaba en distribuir el parque: el segundo, privado del brazo derecho, arengaba á sus tres hijos, excitando su valor y aconsejándoles la mejor manera de dirigir las punterías. Allí tambien se vió á otro sargento, José María Gutierrez, defenderse brillantemente y caer prisionero despues de presenciar la muerte de un hermano y de recibir en sus brazos á su hijo Miguel, niño de doce años, atravesado de una pierna.

Peñúñuri, que montado á caballo, era natural blanco del fuego enemigo, viendo que no tenia parque para sus soldados, se decide á cargar á la bayoneta, y en el momento de dar la órden, cae atravesado de una bala en el pecho.

Martinez de Castro, que se hallaba en un puesto avanzado, intenta la misma carga que Peñúñuri; y corriendo la misma suerte, cae atravesado de varias balas, y muere á los pocos dias. Al verle caer el jóven Caso, se adelanta solo hácia el enemigo, y despues de una resistencia realmente temeraria, sucumbe al lado de su capitan.

Como para una de las piezas faltaban artilleros, el capitan de Bravos, D. Juan Aguilar, se ofreció á servirla con sus soldados y lo hizo

satisfactoriamente hasta el fin de la accion. Durante esta se hizo tambien muy notable otro oficial de Bravos, D. Eligio Villamar, que permaneció sobre la trinchera, expuesto á las balas enemigas sin defensa alguna.

Al entrar los americanos en el fuerte, se presentó el infame guerrillero Dominguez, á quien increpó el general Anaya en presencia de los vencedores, diciéndole: «Ven, indigno, á gozarte en el triunfo de los enemigos de tu patria.» El bandido echó mano á la espada; y el general habria sido víctima, si los que le rodeaban, no hubieran impedido la ejecucion de un nuevo crimen.

¡Todo pasó! Al ruido del combate sucedieron los hurras de la victoria y á estos el silencio del infortunio, interrumpido solamente por los ayes de los heridos. Los defensores de Churubusco fueron conducidos á Coyoacan y San Angel; y aunque tratados con especial consideracion por los enemigos, sufrieron todas las penalidades comunes á los prisioneros de guerra, y ademas las que eran consecuencia precisa de la confusion que reinaba en la capital. Los desdichados irlandeses que formaban la compañía de San Patricio, fueron ahorcados; y los que quedaron con vida, despues de azotados cruelmente, recibieron una marca horrible en el rostro.

Hé aquí, conciudadanos, la triste historia que habeis tenido la bondad de encargarme. Os he dicho la verdad tal como he podido comprenderla; y os la he dicho sin rodeos, porque ya no es tiempo de adular errores, y porque he creido que este es el medio mejor de celebrar tan digno aniversario. El simple lamento de nuestros males, la desnuda relacion de nuestras faltas y el recuerdo de nuestros héroes, no son ni pueden ser por sí solos parte eficaz para inspirarnos los sentimientos que nos pide la patria: evitar los primeros y seguir las huellas de los últimos. Mas si sondeando la herida, aun á riesgo de que se irriten las llagas, examinamos con franqueza é imparcialidad las causas de nuestros infortunios: si confesamos lealmente que sembramos errores y cosechamos desgracias; viendo en cada una de estas escrita una leccion severa, huirémos de los escollos, que escondidos en el revuelto mar de nuestras pasiones, han puesto tantas veces en inminente peligro la nave del Estado; porque no solo nos hemos expuesto á perder la libertad civil, sino la misma independencia. El sincero

arrepentimiento de nuestras faltas y la cordial union de todos los mexicanos, son, compatriotas, las mejores ofrendas que podemos presentar en ese sepulcro que guarda las venerables cenizas de los mártires de Churubusco. ¡Cuántos corazones generosos dejaron de latir en este lugar! ¡Cuántos sentimientos nobles y acendrados encerraban esos pechos que cubria el humilde vestido del artesano! ¡Cuántos pensamientos elevados germinaban dentro de esas frentes que atravesaron las balas americanas! Esos hombres pelearon como bravos y murieron como buenos. ¡Bendita sea mil y mil veces su memoria!

La batalla de Churubusco no deja de ser verdadera gloria de México, porque en ella vencieron los Estados-Unidos; pues no hay triunfo en el vencimiento del débil; y si con lealtad se estudian los hechos, fácil es reconocer, que los vencidos no solo cumplieron dignamente con todos sus deberes, sino que hicieron cuanto en lo humano podia hacerse. En efecto: los individuos que componian los batallones de Independencia y Bravos, eran seiscientos ochenta hombres, mas no seiscientos ochenta soldados: eran seiscientos ochenta ciudadanos, que solo por patriotismo habian cambiado unos los instrumentos de su oficio por el fusil, otros la pluma del literato por la espada del guerrero: aquellos las labores tranquilas de una oficina por las agitadas tareas de un campamento: estos los placeres del hogar doméstico por los peligros de la guerra. ¡Y todo en un momento! ¡Y todo sin la debida preparacion; y todo con la precipitacion, hija de las apremiantes circunstancias en que nos hallábamos! ¿Qué mas se podia pedir á esos ilustres hijos del pueblo que morir en su puesto y de frente los unos, y caer los otros en poder del vencedor sin enarbolar una bandera de gracia, sin pedir capitulacion, sin rendirse siquiera? Los americanos ocuparon Churubusco sin asalto, como se ocupa un edificio abandonado; puesto que sus defensores cesaron en su noble empresa cuando quemaron su último cartucho.

Y si el acto es glorioso considerando solamente las personas que lo ejecutaron, ¿cómo deberá llamarse atendidas las funestas circunstancias que concurrieron en la ejecucion? Año y medio de incesantes reveses habia fundado la conviccion ó cuando ménos el temor del vencimiento: un error, si no una falta mas punible, acababa de hacer desaparecer en pocos momentos la flor del ejército: la primera impresion era desfavo-

rable al general en jefe: la derrota de Padierna volaba en las alas del pavor y atravesaba por San Antonio, por Coyoacan y por el Puente como un oscuro nubarron preñado de rayos; y el infortunio público, semejante á un rio de lava, iba quemando la tierra por donde pasaba arrollando cuanto encontraba delante y dejando tras sí una cauda inmensa que derramaba por donde quiera la desolacion y el espanto. Y el nubarron se arrastró por entre las fortificaciones y el rio penetró en los fosos de Churubusco, cuyos atónitos defensores tendian la vista por todas partes y por todas partes veian las señales indelebles de la ruina y por todas escuchaban las quejas de la angustia universal. Grupos informes de soldados entristecidos brotaban aquí y allá, restos del ejército, que envuelto aún en el humo de los fusiles de Padierna, se encaminaba desesperado hácia las garitas de México, retirando los puestos avanzados y dejando así en el mas completo y culpable abandono á los batallones de Independencia y Bravos; pues que en aquellos momentos aun no habian llegado los piquetes que aumentaron, aunque bien poco, la pequeña guarnicion.

Como una débil barca en medio del Océano embravecido, quedó al fin solo, absolutamente solo el humilde monasterio de Churubusco; pero si sentia en sus costados ora el frio del mas inícuo abandono, ora la llama de la mas justa indignacion; si á su frente veia venir la muerte indefectible y aterradora; tambien oía á sus espaldas la dulce al par que dolorida voz de la patria, que lo aclamaba su última esperanza y cuyas bendiciones debian ser, como han sido, el premio de tan inconcebible abnegacion. Sí, conciudadanos: inconcebible abnegacion es la palabra que califica la batalla de Churubusco; porque sus defensores, abandonados tan cruelmente, no hubieran sido mas culpables que otros, siguiendo las huellas de la retirada. ¿Habrian sido mas torpes ó mas criminales Rincon y Anaya que Santa-Anna y Valencia? No, sin duda, porque tenian mas excusa fundada en el general desorden y en su propia debilidad; y como el manto de la desgracia habria cubierto todas las faltas, todos serian iguales ante la justicia de la posteridad. Pero en los nobles pechos de Rincon y de Anaya no se escondian las malas pasiones: general de division el primero, consultaba hasta las palabras con el segundo; y este, presidente de la República pocos meses ántes, no se desdeñaba de obedecer á aquel. Ninguno aspiraba á

adquirir ó á conservar el poder, sino á salvar el honor nacional; y llenos ambos de años y de gloria, solo pensaban en cumplir su terrible deber. Su ardiente patriotismo inflamó el corazón de los oficiales y soldados, que impulsados por la mas digna emulacion, vieron con semblantes serenos desplegarse las columnas americanas, y las vieron acercarse á sus trincheras sin disparar un tiro, á fin de economizar sus cortos medios de defensa. De repente una inmensa detonacion interrumpe aquel silencio de muerte: Churubusco es una hoguera; el combate se prolonga por mas de tres horas, y el ejército de los Estados-Unidos retrocede una y dos y tres veces ante aquellos soldados ciudadanos. Mas se acaba el parque: los cartuchos que sobran son de diez y nueve adarnes y el calibre de los fusiles es de quince: hállanse balas de veinticuatro y treinta y seis cuando el mayor cañon es de ocho.... uno por uno se extinguen los disparos.... no es físicamente posible resistir á la bayoneta contra armas de fuego..... nadie se acuerda de que no es imposible una capitulacion..... la idea de rendirse no ha pasado una sola vez por aquellas cabezas llenas del mas noble orgullo..... A la voz de sus jefes, aquellos hombres se retiran al interior del convento y allí esperan impasibles la consumacion de su inmenso sacrificio..... Si esta conducta no merece el nombre de heroica, no sé con cuál deba ser calificada en el idioma de la justicia.

Y si por estas consideraciones, realmente notables, merece la defensa llamarse hazaña gloriosa, ¿qué deberá decirse si imparcialmente se examina el resultado inmediato de la batalla? ¿Qué habria sido de la capital en aquel dia memorable si los defensores de Churubusco no hubieran opuesto con sus nobles pechos un valladar al ejército de los Estados-Unidos? Dígase lo que se quiera, no fueron consideraciones políticas ni ménos una compasion mentida las que impidieron la ocupacion de México. Inteligente militar, el general Scott no podia marchar sobre las garitas dejando á su retaguardia un punto fortificado, que podia ponerse en comunicacion con otros todavía ilesos. Y como el mas pequeño reves era la ruina del ejército americano, su jefe con profunda prudencia evitó y debió evitar las consecuencias de un arrojado inconsiderado, que precipitando á nuestros vencidos batallones en brazos de la desesperacion, podia obligarlos á intentar un esfuerzo supremo. ¡Valga la verdad! Sin la resistencia opuesta en

Churubusco, los americanos hubieran entrado en México mezclados con nuestros soldados; y en las garitas y en las plazas y en las calles habriamos sido testigos y víctimas de una inmensa catástrofe, que nadie habria podido impedir; porque cualquiera autoridad habria sido impotente, cualquiera fuerza débil ante aquel huracan de inevitables horrores. Leónidas y sus espartanos sucumbieron en el desfiladero de las Termópilas; pero detuvieron el numeroso ejército de los persas: Churubusco sucumbió tambien; pero tambien detuvo el ejército de los americanos, que ademas de ser numeroso, era vencedor en muchas batallas anteriores, y sobre todo, vencedor en aquel mismo dia. Las cualidades de los defensores, las circunstancias de la defensa y el resultado de esta, nos demuestran, pues, de la manera mas incuestionable, que la batalla de Churubusco debe registrarse en nuestros anales como una verdadera gloria de la República.

Veinticuatro años han pasado desde entónces: una generacion nueva hereda aquella gloria y recoge el fruto de aquellos sacrificios..... ¡Ay! ¡Cuántos de los hombres que hoy hace veinticuatro años exponian aquí sus pechos á una muerte segura, han desaparecido ya de entre nosotros! ¿En dónde está Peñúñuri, tipo de valor, de resolucion, de serenidad? ¿En dónde está Martinez de Castro, orgullo de su familia, gloria de sus amigos, joya preciosa de nuestra literatura, dechado de honor y dulce esperanza de la patria? ¿En donde está Gorostiza, el poeta soldado, que despues de derramar su sangre por la libertad de España, enjugó, digno sucesor de Moratin, las lágrimas de la escena castellana, y vino luego á servir dignamente á su patria con la pluma y con la espada? ¿En dónde está Rincon, soldado de la independencia, honrosamente encanecido en el servicio de la República? ¿En dónde está Anaya, la perfeccion del soldado demócrata, que nunca, ni por un instante, desmintió sus principios políticos? En dónde está el modesto Anaya, que recorrió sin fausto toda la escala social, obedeciendo gustoso hoy al mismo á quien ayer mandaba? ¿En dónde está el severo Anaya que, cuando el general Twiggs, al entrar en Churubusco, preguntó dónde estaba el parque, le contestó con la firmeza de un antiguo romano: *Si hubiera parque, no estaria vd. aquí?* Esta respuesta sublime debe pasar á la posteridad; porque si Twiggs venció á Rincon, Anaya triunfó de Twiggs: si los fusiles de

los Estados-Unidos derrotaron á la guarnicion de Churubusco, las palabras de Anaya sonrojaron al ejército americano.

¡Almas generosas de los defensores de Churubusco, gozad el inefable placer que produce la conciencia de haber obrado bien! Recibid las bendiciones de la patria; y avivando su santo amor en nuestros corazones, inspiradnos por la independencia y por la libertad los mismos sentimientos que os alzaron al heroismo el dia 20 de Agosto de 1847. Vuestro ejemplo será nuestra mas segura norma, como son vuestros nombres nuestro mas justo orgullo y vuestros ínclitos hechos una de las páginas mas limpias de nuestros anales. Y vosotros los que aun vivís, dignos restos de aquella falange heroica: vosotros, que habeis gozado la envidiable fortuna de no esperar á la posteridad para ser dignamente juzgados, pues que lo fuísteis desde hoy hace veinticuatro años por los mismos vencedores: vosotros, á quienes la patria bendijo entónces doliente y hoy bendice agradecida: vosotros, en quienes hoy confia como entónces confi6, levantad las frentes y esperad tranquilos el fallo de las generaciones futuras; porque vuestros títulos están escritos aquí con vuestra sangre: porque si la fuerza dió la victoria á los americanos, la justicia os dió la gloria. Hay derrotas que honran; y vosotros, para ser debidamente estimados, no necesitais por cierto de otros laureles: os basta decir: SOY SOLDADO DE CHURUBUSCO.

DOCUMENTOS.

NUMERO 1.

Ejército de vanguardia.—Punto de Churubusco.—Quinta brigada de infantería.

ESTADO que manifiesta los muertos, heridos y dispersos de los cuerpos que se expresan, con la expresion de clases, en la defensa de dicho punto.

MUERTOS.

Artillería.

Soldados.....	9
---------------	---

Regimiento Independencia.

Primer ayudante.....	1
Sargentos primeros.....	2
Sargentos segundos.....	6
Cabos	14
Soldados	69
Total.....	92

Batallon de Bravos.

Cabos	1
Soldados	20
Total.....	21

Batallon de Chilpancingo.

Teniente	1
Soldados	3
Total.....	4

los Estados-Unidos derrotaron á la guarnicion de Churubusco, las palabras de Anaya sonrojaron al ejército americano.

¡Almas generosas de los defensores de Churubusco, gozad el inefable placer que produce la conciencia de haber obrado bien! Recibid las bendiciones de la patria; y avivando su santo amor en nuestros corazones, inspiradnos por la independencia y por la libertad los mismos sentimientos que os alzaron al heroismo el dia 20 de Agosto de 1847. Vuestro ejemplo será nuestra mas segura norma, como son vuestros nombres nuestro mas justo orgullo y vuestros ínclitos hechos una de las páginas mas limpias de nuestros anales. Y vosotros los que aun vivís, dignos restos de aquella falange heroica: vosotros, que habeis gozado la envidiable fortuna de no esperar á la posteridad para ser dignamente juzgados, pues que lo fuísteis desde hoy hace veinticuatro años por los mismos vencedores: vosotros, á quienes la patria bendijo entónces doliente y hoy bendice agradecida: vosotros, en quienes hoy confia como entónces confi6, levantad las frentes y esperad tranquilos el fallo de las generaciones futuras; porque vuestros títulos están escritos aquí con vuestra sangre: porque si la fuerza dió la victoria á los americanos, la justicia os dió la gloria. Hay derrotas que honran; y vosotros, para ser debidamente estimados, no necesitais por cierto de otros laureles: os basta decir: SOY SOLDADO DE CHURUBUSCO.

DOCUMENTOS.

NUMERO 1.

Ejército de vanguardia.—Punto de Churubusco.—Quinta brigada de infantería.

ESTADO que manifiesta los muertos, heridos y dispersos de los cuerpos que se expresan, con la expresion de clases, en la defensa de dicho punto.

MUERTOS.

Artillería.

Soldados.....	9
---------------	---

Regimiento Independencia.

Primer ayudante.....	1
Sargentos primeros.....	2
Sargentos segundos.....	6
Cabos	14
Soldados	69
Total.....	92

Batallon de Bravos.

Cabos	1
Soldados	20
Total.....	21

Batallon de Chilpancingo.

Teniente	1
Soldados	3
Total.....	4

Batallon de Tlapa y Galeana.

Capitan	1
Subtenientes	2
Sargento primero	1
Cabos	2
Soldados	9
Total	<u>15</u>

Total de muertos.

Primer ayudante	1
Capitan	1
Teniente	1
Subtenientes	2
Sargentos primeros	3
Sargentos segundos	6
Cabos	17
Soldados	110
Total	<u>141</u>

HERIDOS.

Artillería.

Capitan	1
Teniente	1
Sargento segundo	1
Soldados	8
Total	<u>11</u>

Regimiento Independencia.

Capitan	1
Subteniente	1
Sargentos segundos	3
Cabos	5
Soldados	21
Total	<u>31</u>

Batallon de Bravos.

Sargentos segundos	4
Cabos	1
Soldados	13
Total	<u>18</u>

Batallon de Chilpancingo.

Sargento 2º	1
Cabos	2
Soldados	15
Total	<u>18</u>

Batallon de Tlapa y Galeana.

Soldados	<u>5</u>
----------------	----------

Total de heridos.

Capitanes	2
Teniente	1
Subteniente	1
Sargentos segundos	9
Cabos	8
Soldados	62
Total	<u>83</u>

DISPERSOS.

Artillería.

Subteniente	1
Cabo	1
Total	<u>2</u>

Regimiento Independencia.

Subtenientes	4
Sargento primero	1
Sargentos segundos	2
Cabos	4
Soldados	26
Total	<u>37</u>

Batallon de Bravos.

Sargento primero	1
Cabo	1
Soldados	5
Total	<u>7</u>

Batallon de Chilpancingo.

Capitanes	3
Tenientes	2
Subtenientes	4
Sargentos primeros	4
Sargentos segundos	7
Cabos	27
Soldados	88
Total	<u>135</u>

Batallon de Tlapa y Galeana.

Sargentos primeros	4
Sargentos segundos	12
Cabos	20
Soldados	130
Total	<u>166</u>

Total de dispersos.

Capitanes	3
Tenientes	2
Subtenientes	9
Sargentos primeros	10
Sargentos segundos	21
Cabos	53
Soldados	249
Total	<u>347</u>

NOTA.—De las compañías de San Patricio murieron 2 subtenientes, 4 sargentos, 6 cabos y 23 soldados, y el resto prisioneros y dispersos.

Churubusco, Agosto 21 de 1847.—*Francisco Romanos.*—Vº Bº —*Anaya.*

NUMERO 2.

Ejército de vanguardia.—Brigada de artillería á caballo.—Primera batería.

Exmo. Sr.—Para el superior conocimiento de V. E. tengo el honor de participarle lo ocurrido en la batería desde el momento en que esta fué colocada en el punto atrincherado de Churubusco.

Compuesta la batería de mi mando, al retirarme de las lomas del Olivar, de cuatro piezas del calibre de á 8, fué aumentada con una pieza de á 6, que retiraba de la division del Exmo. Sr. general D. Gabriel Valencia el teniente D. Mariano Alvarez, y dos de á 4 que de antemano se hallaban en el punto y puso tambien á mis órdenes el mismo Sr. comandante general del arma. Fueron colocadas en el fortin de la derecha dos de á 8 á cargo del teniente D. José de la Cuesta, y una de á 4 al del subteniente del tercer batallon, D. Luis Arizmen-di. En dos troneras del centro se colocaron otras tantas piezas, una de á 8, mandada por el alférez D. Manuel Estrada, y otra de á 4 por el subteniente D. Francisco Fernandez. En el fortin de la izquierda

á barbeta obraba otra de á 8 mandada por el alférez D. Mariano Espinosa y en una tronera que defendía el flanco izquierdo, la restante de á 6.

Favorecido el enemigo por las milpas que lo ocultaban, se presentó á muy corta distancia por el frente y los dos flancos; y entonces toda la batería rompió sus fuegos: á pocos momentos ocurrió la desgracia en el fortín de la izquierda de que se incendiaron unos cartuchos; y fueron quemados un capitán inglés, que se hallaba agregado y toda la dotación de artilleros, incluso el oficial.

Regresaba yo de proveer de municiones las piezas que carecían de ellas, cuando me hallé con esta desgracia, que produjo en consecuencia el abandono de la pieza de á 8; y la doté con algunos tronquistas, quedándome personalmente á dirigirla. Muy á lo último del combate se inutilizaron las dos piezas de á 8 del fortín de la derecha, la una por haberse roto completamente la solera y no poderse remediar en aquellos momentos, y la otra, que después de rajada una gualdera por la parte de la muñonera, se desmontó al siguiente tiro. La pieza de á 6 no tenía en su cajuela mas que diez tiros, que fueron bien aprovechados; y en el parque general no existían municiones de este calibre. Así es que como V. E. palpó, después de tres horas de un fuego vivísimo, solo teníamos útiles cuatro cañones, sin que por esto dejaran de ser ménos continuados los tiros, que varias veces alejaron al enemigo; pero desgraciadamente el parque de fusil comenzó á faltar, y muy á su pesar, la infantería, no pudiendo sostener ya á la artillería, se retiraba pidiendo con instancia el parque de un calibre que no teníamos. Dado parte á V. E. de que el fortín de la derecha estaba casi desartillado y que el enemigo cargaba por aquel flanco, recibí orden de V. E. de reforzarlo con las piezas del frente; mas apenas habían sido enganchadas, cuando vimos con horror que por la izquierda y por el reducto del camino, el enemigo saltaba y entraba á bandadas sobre nosotros.

Creo inútil mencionar á V. E. el brillante comportamiento de los oficiales y tropa que tuve la honra de mandar, pues fué testigo de él: por lo que respecta á los heridos y muertos, he remitido ya á V. E. el correspondiente estado, y solo ignoro el paradero del subteniente Arizmendi y alférez Espinosa, á quien no he hallado en el hospital.

Al dar á V. E. parte de las ocurrencias mencionadas, dejo obsequiada su superior orden y me complazco en reiterarle las protestas de mi subordinación y respeto muy distinguido.

Dios y libertad. San Angel, Agosto 22 de 1847.—Juan B. Argüelles.—Exmo. Sr. general de división D. Manuel Rincon.

NUMERO 3.

Ejército de vanguardia.—Quinta brigada de infantería.

Relacion de los Sres. generales, jefes y oficiales que han sostenido la defensa en el punto de Churubusco el dia 20 de Agosto de 1847.

General de división, Exmo. Sr. D. Manuel Rincon.

General de brigada, Exmo. Sr. D. Pedro María Anaya.

General, teniente coronel, D. Domingo Ramirez Arellano.

Coronel, D. Eleuterio Mendez.

Idem, D. Manuel Eduardo Gorostiza.

Idem, D. Juan Duran.

Idem, D. Florencio Villareal.

Idem, D. Francisco Vargas.

Teniente coronel, D. Antonio Rodriguez, herido.

Idem, D. Francisco Romanos.

Idem, D. Ignacio Alvarez.

Idem, D. Cirilo Elorduy.

Idem, D. Marcial Caamaño.

Idem, D. Miguel Buenrostro, herido.

Idem, comandante de batallon, D. Joaquin Garcia Granados.

Comandante de batallon D. Juan Argüelles.

Idem, D. José Hidalgo.

Primer ayudante, D. Miguel Suarez.

Teniente coronel, primer ayudante, D. Francisco Peñúñuri, muerto.

Coronel, capitán, D. Francisco Moreno.

Capitán, D. Napoleon Saborío.

Idem, D. Joaquin María Anzorena.

Idem, D. José Garay y Tejada.

Capitan de ingenieros, D. Francisco Palafox.
 Idem de infantería, D. José María Roa.
 Idem, D. Epifanio Padilla.
 Idem, D. Luis Martinez de Castro, herido.
 Idem, D. Luis Vidal.
 Idem, D. Agustin Camacho.
 Idem, D. Ignacio Uribe.
 Idem, D. Félix Villar.
 Idem, D. Agustin Cortés.
 Idem, D. Manuel de la Borda.
 Idem, D. Ignacio Buenrostro.
 Comandante de batallon, capitan de granaderos D. Miguel Lozada.
 Capitan, D. Gregorio Chavez.
 Idem, D. José Martinez, disperso.
 Idem, D. José Campuzano.
 Idem, D. Bartolo Abrajan.
 Idem, D. Fernando Leiva.
 Idem, D. Benigno Cañas.
 Idem, D. Mariano Prieto.
 Idem, D. Narciso Cañas.
 Idem, D. Lúcas Flores.
 Idem, D. Miguel Marin, disperso.
 Idem, D. Manuel Martinez.
 Capellan, presbítero, D. Tomás Falco.
 Segundo ayudante, D. Ignacio Palacios.
 Idem, D. José María Revilla y Pedreguera.
 Idem, D. José María Tamariz.
 Subayudante, D. Rafael Ordaz.
 Teniente, D. Manuel Estrada.
 Idem, D. José de la Cuesta.
 Idem, D. Mariano Alvarez.
 Idem, D. Gregorio Varela.
 Idem, D. Tiburcio Manzo.
 Idem, D. Lorenzo García.
 Idem, D. Pedro Landa.
 Idem, D. Librado Carranza.

Teniente, D. Miguel Licca.
 Idem, D. Mariano Parada.
 Idem, D. Juan Aguilar.
 Idem, D. José Gutierrez.
 Idem, D. Antonio Montañó.
 Idem, D. Manuel Parra.
 Idem, D. Gregorio Guerrero.
 Idem, D. Santiago Inzaldo.
 Idem, D. José Olaeta.
 Idem, D. Francisco Altamirano.
 Idem, D. Tranquilino Cervantes.
 Idem, D. Agustin Diaz.
 Capitan, teniente, D. Francisco Romanos, disperso.
 Subteniente, D. Ignacio Mendez.
 Idem, D. Manuel Quesadas.
 Idem, D. Francisco Marin.
 Idem, D. Manuel Bustamante.
 Idem, D. Luis Vergara, herido.
 Idem, D. Jesus Concha.
 Idem, D. Gerónimo Perez.
 Idem, D. Esiquio Iriarte.
 Idem, D. Amado Candil.
 Idem, D. Ignacio Herrera.
 Idem, D. Guadalupe Amacosta, disperso.
 Idem, D. Eligio Villamar.
 Idem, D. Diego Roldan.
 Idem, D. José Bárcena.
 Idem, D. Gerónimo Menocal.
 Idem, D. Manuel Irizarri.
 Idem, D. Manuel Martinez.
 Idem, D. Manuel Reyes.
 Idem, D. Rafael Abrego.
 Idem, D. Miguel Gabiño.
 Idem, D. Antonio Escalante.
 Idem, D. Manuel Varas.
 Idem, D. Juan Barros.

Subteniente, D. José Villa.
 Idem, D. Zeferino Montesdeoca.
 Idem, D. José María Bernal.
 Idem, D. Manuel Canacasco.
 Idem, D. Sebastian Melchor.
 Idem, D. Isidro Castañon.
 Idem, D. Vidal Tellez.
 Idem, D. Luis Bastida.
 Idem, D. Joaquin Espinosa.
 Idem, D. Francisco García.
 Idem, D. Camilo Granados.
 Idem, D. Mateo Carrera.
 Idem, D. Benito Cuevas.
 Idem, D. Mariano Martinez.
 Idem, D. Francisco Campos.
 Idem, D. Francisco Fernández.
 Idem, D. Blas D. Vidal, disperso.
 Idem, D. Augusto Grance, disperso.
 Idem, D. José Chavez, disperso.

NOTA.—Los Sres. coronel D. Francisco Vargas, teniente coronel D. Ignacio Alvarez, capitán D. José Martinez, y teniente con grado de capitán D. Francisco Romanos, los mandó el Sr. general en jefe á los Portales por municiones, y se cree que el enemigo les embarazó el paso á su regreso.

Churubusco, Agosto 21 de 1847.—*Francisco Romanos.*—Vº Bº
 —*Anaya.*

NUMERO 4.

«Ministerio de guerra y marina.—Exmo. Sr.—Puse en conocimiento del Exmo. Sr. presidente interino y general en jefe del ejército, el parte circunstanciado que V. E. da de la brillante defensa que hizo V. E. y sus subordinados del fuerte y Puente de Churubusco. Muy grato ha sido á S. E. un suceso, que aunque desgraciado, ha dado tanto honor á las armas nacionales, porque V. E. improvisó la

defensa de dicho punto, y dirigió el combate con el acierto y pundonor que le caracterizan. Por estos hechos, que tanto honran á V. E. y á los demas señores generales, jefes, oficiales y tropa, me manda S. E. el presidente que haga presente á tan dignos servidores de la nacion, su reconocimiento por el importante servicio que han prestado, y que por lo mismo está dispuesto á recompensarlos dignamente.—Respecto de todos los individuos que V. E. refiere en el detall de la accion de Churubusco, los cuales se han distinguido por su comportamiento, quiere el Exmo. Sr. presidente que V. E. les dé nominalmente y á cada persona las mas expresivas gracias, haciéndoles presente la satisfaccion del supremo gobierno, por la bizarría con que afrontaron los peligros, y cuya resistencia tanto cooperó á salvar la capital, del enemigo que triunfante marchaba desde Padierna.—Respecto de las familias de todos los individuos que sucumbieron con tanta gloria, puede asegurarles V. E. que el gobierno se apresurará á declararles la pension que les corresponde conforme á las leyes, porque ellas son acreedoras á la consideracion y á la gratitud nacional.—Obsequiando los deseos de V. E. se publicarán el parte y las relaciones que remitió, exceptuándose los individuos que ya vinieron incluidos en el parte que dió el Sr. general D. Mariano Salas, que se hallaban en San Angel y Churubusco.—Aunque el Exmo. Sr. presidente conserva aún su carácter de general en jefe del ejército, estando funcionando á la vez como primer magistrado de la República, V. E. se entenderá en todo lo relativo al ramo de guerra con el infrascrito.—Al decirlo á V. E. de órden suprema, le reitero las protestas de mi consideracion y aprecio.

«Dios y libertad. México, Agosto 27 de 1847.—Exmo. Sr. general de division D. Manuel Rincon.»

NUMERO 5.

Cuartel general del ejército.—Ciudad de México, Setiembre 22 de 1847.—El general D. Pedro María Anaya, del ejército mexicano y prisionero de guerra del ejército americano, en consideracion á su alto carácter como ex-presidente de la República Mexicana y ser ac-

Subteniente, D. José Villa.
 Idem, D. Zeferino Montesdeoca.
 Idem, D. José María Bernal.
 Idem, D. Manuel Canacasco.
 Idem, D. Sebastian Melchor.
 Idem, D. Isidro Castañon.
 Idem, D. Vidal Tellez.
 Idem, D. Luis Bastida.
 Idem, D. Joaquin Espinosa.
 Idem, D. Francisco García.
 Idem, D. Camilo Granados.
 Idem, D. Mateo Carrera.
 Idem, D. Benito Cuevas.
 Idem, D. Mariano Martinez.
 Idem, D. Francisco Campos.
 Idem, D. Francisco Fernández.
 Idem, D. Blas D. Vidal, disperso.
 Idem, D. Augusto Grance, disperso.
 Idem, D. José Chavez, disperso.

NOTA.—Los Sres. coronel D. Francisco Vargas, teniente coronel D. Ignacio Alvarez, capitán D. José Martinez, y teniente con grado de capitán D. Francisco Romanos, los mandó el Sr. general en jefe á los Portales por municiones, y se cree que el enemigo les embarazó el paso á su regreso.

Churubusco, Agosto 21 de 1847.—*Francisco Romanos*.—Vº Bº
 —*Anaya*.

NUMERO 4.

«Ministerio de guerra y marina.—Exmo. Sr.—Puse en conocimiento del Exmo. Sr. presidente interino y general en jefe del ejército, el parte circunstanciado que V. E. da de la brillante defensa que hizo V. E. y sus subordinados del fuerte y Puente de Churubusco. Muy grato ha sido á S. E. un suceso, que aunque desgraciado, ha dado tanto honor á las armas nacionales, porque V. E. improvisó la

defensa de dicho punto, y dirigió el combate con el acierto y pundonor que le caracterizan. Por estos hechos, que tanto honran á V. E. y á los demas señores generales, jefes, oficiales y tropa, me manda S. E. el presidente que haga presente á tan dignos servidores de la nacion, su reconocimiento por el importante servicio que han prestado, y que por lo mismo está dispuesto á recompensarlos dignamente.—Respecto de todos los individuos que V. E. refiere en el detall de la accion de Churubusco, los cuales se han distinguido por su comportamiento, quiere el Exmo. Sr. presidente que V. E. les dé nominalmente y á cada persona las mas expresivas gracias, haciéndoles presente la satisfaccion del supremo gobierno, por la bizarría con que afrontaron los peligros, y cuya resistencia tanto cooperó á salvar la capital, del enemigo que triunfante marchaba desde Padierna.—Respecto de las familias de todos los individuos que sucumbieron con tanta gloria, puede asegurarles V. E. que el gobierno se apresurará á declararles la pension que les corresponde conforme á las leyes, porque ellas son acreedoras á la consideracion y á la gratitud nacional.—Obsequiando los deseos de V. E. se publicarán el parte y las relaciones que remitió, exceptuándose los individuos que ya vinieron incluidos en el parte que dió el Sr. general D. Mariano Salas, que se hallaban en San Angel y Churubusco.—Aunque el Exmo. Sr. presidente conserva aún su carácter de general en jefe del ejército, estando funcionando á la vez como primer magistrado de la República, V. E. se entenderá en todo lo relativo al ramo de guerra con el infrascrito.—Al decirlo á V. E. de órden suprema, le reitero las protestas de mi consideracion y aprecio.

«Dios y libertad. México, Agosto 27 de 1847.—Exmo. Sr. general de division D. Manuel Rincon.»

NUMERO 5.

Cuartel general del ejército.—Ciudad de México, Setiembre 22 de 1847.—El general D. Pedro María Anaya, del ejército mexicano y prisionero de guerra del ejército americano, en consideracion á su alto carácter como ex-presidente de la República Mexicana y ser ac-

tualmente miembro del Congreso nacional, queda exento de toda obligación de prisionero, sin canje y sin que dé su palabra.

(Firmado).— *Winfield Scott.*

De orden del mayor general Scott.—(Firmado).— *G. W. Lay*, teniente y secretario militar.

NUMERO 6.

El día 6 de Noviembre de 1847 presenté al Congreso, en Querétaro, un proyecto de ley para premiar á los defensores de Churubusco, que suscribieron los Sres. D. Mariano Talavera y D. José Agustín Escudero. Admitido, pasó á la comision de guerra; mas como el Congreso apenas tuvo ya una ú otra sesion, no llegó á tratarse del negocio. El gobierno expidió despues el decreto siguiente:

«Ministerio de guerra y marina.—El Exmo. Sr. presidente interino de la República se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

“*PEDRO MARIA ANAYA*, general de brigada graduado, y presidente interino de la República de los Estados-*Unidos Mexicanos*, á los habitantes de ella, sabed:

“Que deseando dar una prueba del aprecio con que el gobierno ha visto el valor y decision con que muchos militares, así del ejército permanente como de la milicia activa y guardia nacional, acreditaron en las diferentes acciones de guerra que han tenido lugar en la defensa de la capital de la República, en el período comprendido desde 12 de Agosto hasta el 13 de Setiembre del presente año, especialmente los que concurrieron á la del convento y Puente de Churubusco el 20 del precitado Agosto, y los que se batieron en Chapultepec y sus inmediaciones los días 8, 12 y 13 del mes de Setiembre referido: considerando que es de rigurosa justicia el que por una pública demostracion se acredite el buen comportamiento de aquellos, el mérito que contrajeron en dichas jornadas, y el aprecio en que los tiene la na-

cion; usando de las facultades que me están concedidas por la ley de 20 de Abril último, he tenido á bien expedir el siguiente decreto:

«Art. 1º Los generales, jefes, oficiales y tropa que defendieron el convento y Puente de Churubusco el día 20 de Agosto del presente año, así como los que se batieron en Chapultepec y sus inmediaciones el 8 de Setiembre, y los que se distinguieron en las demas acciones desde el 12 de Agosto hasta el 13 de Setiembre citados, han merecido bien de la patria.

«Art. 2º A los militares de todas clases del ejército permanente, milicia activa y guardia nacional que se hallen en los casos del artículo anterior, se les concede un distintivo de honor y mérito conforme al contenido de los artículos siguientes:

«Art. 3º El gobierno mandará labrar una cruz de igual forma á la que se concedió por la independecia, cuyo centro figurará un círculo de esmalte blanco, teniendo por el anverso las armas nacionales, orladas con el siguiente lema: Defensor de la independecia en Churubusco; (Chapultepec ó el lugar donde se dió la accion, y por la cual se le concede), y por el reverso una corona de laurel en cuyo centro se lea: La patria al mérito en 1847.

«Art. 4º La cruz será de fierro, pavonada de color rojo, con ráfagas de oro entre los brazos para los generales, de plata para los jefes y oficiales, y de fierro para la clase de tropa.

«Art. 5º Dicha cruz la llevarán al cuello los generales, jefes y oficiales, pendiente de una cinta de una pulgada de ancho, compuesta de los mismos colores que el pabellon nacional, colocados en esta forma: al centro una lista verde y otra roja, de cuatro líneas de ancho cada una, y en cada orilla otra lista blanca de dos líneas de ancho. La tropa portará aquella en un ojal de la casaca, al lado izquierdo del pecho.

«Art. 6º El diploma de tan honrosa insignia se imprimirá en papel avitelado, por cuenta de la nacion, y se tirará el competente número de ejemplares para entregar uno de estos á cada agraciado, y lo mismo á las familias de los que murieron en aquellas acciones.

«Art. 7º El general en jefe, oyendo á los de las divisiones y brigadas, que inmediatamente mandaron las funciones de armas mencionadas, y haciendo las debidas calificaciones, conforme á ordenanza,

hará las propuestas de los que se hayan hecho dignos de portar este distintivo.

«Art. 8º el gobierno premiará, segun sus atribuciones, á las viudas y huérfanos de los militares que han fallecido en las acciones de guerra, de que se ha hecho referencia, y á los que hubieren quedado inutilizados á resulta de las heridas que hayan recibido.

«Por tanto mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento. Dado en la ciudad de Querétaro, á 23 de Diciembre de 1847.—*Pedro María Anaya.*—*A D. Ignacio Mora y Villamil.*

Y lo inserto á vd. para su conocimiento y fines consiguientes.

Dios y libertad. Querétaro, Diciembre 23 de 1847.—*Mora.*

NUMERO. 7.

Ministerio de gobernacion.—Exmo. Sr.—El decreto que tengo la honra de acompañar á V. E., es un testimonio de la alta estima en que el gobierno tiene á los beneméritos guardias nacionales y soldados del ejército que en Churubusco y Molino del Rey defendieron la independencia de su patria en las memorables jornadas de 20 de Agosto y 8 de Setiembre de 1847. El tiempo que desde entónces ha trascurrido, ha sido á la verdad impotente para borrar los recuerdos de aquellos dias de luto y de gloria, en que la desgracia, que hace tantos años persigue á la República, nos arrebató la mas espléndida victoria en los momentos mismos en que parecia mas segura.

Pero si en esas acciones no tuvimos la fortuna de triunfar, logramos sí conquistar la admiracion y el respecto de los vencedores, que avaros de elogios, no pudieron negar la verdad, y reconocieron como heroicos hechos de armas los que el gobierno quiere hoy perpetuar en la memoria de los mexicanos. Esas tumbas en que vamos á depositar los preciosos restos de los que murieron como buenos, serán tambien una reparación solemne que la historia registrará, para probar: que si hubo quien desconociera torpemente los esclarecidos servicios de nuestros conciudadanos, el gobierno los proclama con orgullo y se complace en

tributar un homenaje público de estimacion á los que aún viven, honrando los nombres de los que murieron.

El Exmo. Sr. presidente confia al patriotismo de V. E. la ejecucion del decreto, asociándose con los Sres. general D. José María González Mendoza, Lic. D. José María Revilla Pedreguera, D. Antonio Balderas y D. Antonio Escalante.

En poder de los Sres. Tangassi hermanos se hallan los monumentos de mármol que comprados hace ya tiempo, serán los que se coloquen; bajo el concepto de que dichos señores están obligados á ponerlos de su cuenta. Puede, pues, V. E. arreglar las colocaciones con la prontitud posible, dando noticia á este ministerio del plan que forme al efecto.

El gobierno sabe que los restos del general Leon están depositados en Huajuapam: en consecuencia dispone el Exmo. Sr. presidente: que V. E. se dirija á la familia del expresado general para obtener su asentimiento, y que si no se lograre, siempre inscriba el nombre del Sr. Leon como si se hubiesen sepultado sus restos en el monumento.

Protesto á V. E. mi afectuosa consideracion.

Dios y libertad. México, Enero 29 de 1856.—*Lafragua.*—Exmo. Sr. gobernador del Distrito.

Ministerio de gobernacion.—El Exmo. Sr. presidente sustituto se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

«*EL C. IGNACIO COMONFORT, presidente sustituto de la Republica Mexicana, á los habitantes de ella, sabed: que en uso de las facultades que me concede el plan proclamado en Ayutla y reformado en Acapulco, he tenido á bien decretar lo siguiente:*

«Art. 1º Para perpetuar la memoria de las gloriosas jornadas de 20 de Agosto y 8 de Setiembre de 1847, se levantará un monumento fúnebre en el campo de Churubusco y otro en el del Molino del Rey.

«Art. 2º En el primero se depositarán los restos de los ciudadanos Francisco Peñúñuri y Luis Martinez de Castro; y en el segundo, los de los ciudadanos Antonio de Leon y Lucas Balderas.

«Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento. Palacio del gobierno nacional en México, á 29 de Enero de 1856.—*Ignacio Comonfort*.—Al ciudadano José María Lafragua.»

Y lo comunico á V. E. para su inteligencia y efectos correspondientes.

«Dios y libertad. México, Enero 29 de 1856.—*Lafragua*.—Exmo. Sr. gobernador del Distrito.

DISCURSO
PRONUNCIADO

EN CHURUBUSCO EL DIA 20 DE AGOSTO DE 1871

POR EL

CIUDADANO LIC. GENARO RAYGOSA.

CIUDADANO PRESIDENTE.

Señores:

Los grandes acontecimientos en la historia de los pueblos, proyectan en el porvenir mas ó ménos profundamente su recuerdo. Las épocas luctuosas, los períodos de intenso sufrimiento, los momentos supremos en que la angustia se apodera de una nacionalidad que ha sufrido el convulsivo estertor de la agonía, se repercuten dolorosamente en la memoria de cien generaciones: hacen vibrar en lo mas íntimo del corazón, en lo mas recóndito del alma, la fibra siempre delicada de la sensibilidad herida; destienden bruscamente el resorte de la dignidad hollada, y exaltando el amor santo de la patria con el recuerdo de las humillaciones que pasaron, despiertan en las masas el deseo de la venganza, fácilmente infamable con el relámpago del odio.

Entre los anales desgraciados casi siempre de nuestra vitalidad política, ninguno hay sin duda que haga nacer mas espontáneamente un sentimiento de rencorosa indignacion, como el recuerdo de la injustificable guerra americana, Pueblos hermanos por sus tendencias y sus

«Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento. Palacio del gobierno nacional en México, á 29 de Enero de 1856.—*Ignacio Comonfort*.—Al ciudadano José María Lafragua.»

Y lo comunico á V. E. para su inteligencia y efectos correspondientes.

«Dios y libertad. México, Enero 29 de 1856.—*Lafragua*.—Exmo. Sr. gobernador del Distrito.

DISCURSO
PRONUNCIADO

EN CHURUBUSCO EL DIA 20 DE AGOSTO DE 1871

POR EL

CIUDADANO LIC. GENARO RAYGOSA.

CIUDADANO PRESIDENTE.

Señores:

Los grandes acontecimientos en la historia de los pueblos, proyectan en el porvenir mas ó ménos profundamente su recuerdo. Las épocas luctuosas, los períodos de intenso sufrimiento, los momentos supremos en que la angustia se apodera de una nacionalidad que ha sufrido el convulsivo estertor de la agonía, se repercuten dolorosamente en la memoria de cien generaciones: hacen vibrar en lo mas íntimo del corazón, en lo mas recóndito del alma, la fibra siempre delicada de la sensibilidad herida; destienden bruscamente el resorte de la dignidad hollada, y exaltando el amor santo de la patria con el recuerdo de las humillaciones que pasaron, despiertan en las masas el deseo de la venganza, fácilmente infamable con el relámpago del odio.

Entre los anales desgraciados casi siempre de nuestra vitalidad política, ninguno hay sin duda que haga nacer mas espontáneamente un sentimiento de rencorosa indignacion, como el recuerdo de la injustificable guerra americana, Pueblos hermanos por sus tendencias y sus

instituciones; ligados solidariamente por inmensos intereses y derechos santos; con tradiciones igualmente heroicas, y un destino semejante en la grandiosa propaganda de la democracia y la emancipacion humana; parecian designados por la Providencia para marchar de acuerdo en la espléndida ruta del progreso; para desarrollar en armonía en el terreno virgen de la América, la simiente fecunda de la prosperidad pacífica; para inaugurar, en fin, en este suelo, arrancado por los gloriosos esfuerzos de sus hijos á la dominacion tiránica del Viejo-Mundo, el reinado de la libertad y del derecho, alzándose magníficos sobre los escombros pulverizados para siempre del odioso sistema colonial.

Rotas las cadenas de la esclavitud política; borradas por el hálito de la fraternidad las barreras antagónicas que las preocupaciones levantaran entre dos razas tan disímolas; asegurada por el concurso recíproco la germinacion tranquila de sus tendencias civilizadoras; sellada heroicamente con la sangre de un millon de mártires la conquista de sus libertades públicas, y destruidas para el porvenir las ligaduras de añejas tradiciones, las dos jóvenes Repúblicas, robustecidas por su apoyo mutuo, vogando sin obstáculo en el Océano sin límites de su prosperidad creciente, y haciendo irradiar sobre la vasta extension del Nuevo-Mundo la luz de su ejemplo y sus doctrinas, habrian inaugurado una época fecunda en beneficios para la humanidad entera, y ejercido una influencia mas decisiva aún en sus destinos.

Y México, mi patria, mi patria tan ardientemente amada, marcharia hoy libre y feliz, tranquila y poderosa; su trasformacion social y pública se habria realizado sin derramar la sangre de sus hijos; y su nombre no habria sido presa del escarnio, ni su territorio dividido; ni su hermoso pabellon, cubierto con las glorias de la independecia tan heroicamente conquistada, habria tenido que plegarse ante la soldadesca insolente y vencedora que descargó como una tromba sobre nuestro suelo, en el año lúgubrememente memorable de 47. Pero la fatalidad arrulló su nacimiento; la desgracia se cernió sobre su cuna, y la brillante aureola que circundó su frente victoriosa, se convirtió bien pronto en triste velo funerario. La discordia se introdujo entre sus hijos; el hermano se levantó contra el hermano, y la enérgica vitalidad de un pueblo joven se consumió impotente en sus constantes luchas intestinas. El extenso horizonte de su porvenir político, la vasta perspecti-

va de su prosperidad naciente, fueron tan solo ensueños de un instante, ilusiones desvanecidas al nacer, tristes recuerdos que llenan de amargura, brillantes esperanzas destruidas por el sopro de la adversidad. La desesperacion, el desaliento; esa languidez indefinible que produce el encono tenaz de la desgracia; ese indiferentismo cruel que se apodera del que sufre sin descanso la obstinada presion de la fatalidad, marchitaron la fé en el porvenir; ahogaron la luz de las creencias, y este pueblo infeliz, sin energía para oponerse al rigor inexorable del destino, y perdida la conciencia de sus propias fuerzas, se convirtió en dócil instrumento de mezquinas ambiciones acercándose á pasos de gigante hácia el abismo. Y la República vecina, que marchaba con asombrosa rapidez al engrandecimiento colosal que la hemos visto alcanzar en nuestros dias, en vez de tendernos una mano generosa, azuzaba nuestras discordias interiores; daba pávulo á nuestras reyertas fratricidas, y cuando el abatimiento de una larga lucha desgraciada habia agotado todas nuestras fuerzas; cuando los odios de partido y la rivalidad política nos habian profundamente dividido, y el tesoro estaba exhausto y muerta la esperanza, y la energía perdida, lanzó sobre nosotros al feroz filibustero, que desbordando como una avalancha irresistible desde lo alto de los montes rocallosos, sembró por todo nuestro territorio la muerte y el espanto.

Terribles, pero sublimes momentos aquellos en que un pueblo atrozmente torturado por el infortunio, siente el estremecimiento de ansiosa expectativa ante la tempestad que amenaza hacerlo desaparecer. Momentos de angustia que no mide el tiempo; que no se explican si no se han sentido y que en sus mil alternativas de animacion y abatimiento, aumentan prodigiosamente la vida, ó consumen de una vez el último resto de energía.

Mientras el ejército de Scott atravesaba audaz el Golfo mexicano, una agitacion inmensa se apoderó de todo el territorio: el cadáver revivia un instante bajo la influencia magnética de la próxima invasion extraña, y pudo considerarse como un augurio de ventura, el relámpago ardiente de entusiasmo que inflamó por todos los ámbitos de la República el amor santo de la patria, tan inminentemente amenazada. Se improvisaron ejércitos de ciudadanos, se reunieron como por encanto provisiones y recursos: la guardia nacional de los Estados se

puso en movimiento, y una actividad vertiginosa hizo preparar en abundancia municiones y bagajes para la próxima campaña. Los bellos días de Atenas y de Esparta lucieron aún en nuestro suelo, y al estallar sobre la heroica Veracruz las primeras bombas de los enemigos, los valientes defensores de la independencia salieron de la capital de la República, acompañados por las bendiciones entusiastas de todo el pueblo mexicano, con la fé en el corazón y la confianza en la justicia santa de su causa; y tranquilos con la conciencia del deber cumplido, esperaron sin temor el ataque de los invasores en la memorable posición de Cerro-Gordo.

Al ver allí ese ejército brillante y numeroso, firmemente decidido á reprimir la audacia del filibustero, y esperando impaciente el momento de la lucha, era imposible dudar de la victoria; era imposible creer en la esterilidad de tantos y tan heroicos sacrificios y pensar en la catástrofe tremenda que debía pronto aniquilarle.

El destino, sin embargo, lo habia dispuesto de otro modo.

La ineptitud de los jefes del ejército cambió en desesperacion y desaliento aquella perspectiva halagadora, y la derrota mas completa cubrió de luto y de vergüenza los restos desgraciados de aquel puñado de valientes. La desmoralizacion no conoció ya límites; el pánico cundió rápidamente por todo el territorio, y á aquel entusiasta movimiento de un instante sucedió la mas desconsoladora desconfianza, y la inmovilidad terrible del espanto. Las derrotas sucesivas llevaron hasta lo increíble el desaliento, y cuando en la mañana del 19 de Agosto de 47, el ronco estampido del cañon en los campos de Padierna, interrumpia por primera vez el silencio magestuoso de nuestro hermoso valle, el presentimiento de una desgracia nueva, fatal é irreparable, extinguió el último resto de esperanza: la consternacion se apoderó de todos, y en la congojosa incertidumbre y el aspecto dolorosamente resignado de los habitantes, pudo leerse la agonía sangrienta de la patria.....

El 20 de Agosto de 1847 sucumbia en las lomas de Padierna la mas florida division de nuestro ejército. El vencedor americano, insolente, irresistible, creyendo decisiva la batalla, avanzaba sobre el camino de la capital arrollando á su paso los obstáculos de San Antonio, Coyoacan y Zotempingo, y acosando sin descanso nuestra retaguardia

que se replegaba en desórden, en tropel, desanimada por tantos descalabros hácia la segunda línea de defensa preparada por el general en jefe. Todo parecia perdido sin remedio. Vencedores y vencidos iban á penetrar al mismo tiempo en la desgraciada capital de la República. El Puente de Churubusco acababa de caer en poder del enemigo. Una sangrienta escaramuza le detuvo allí un momento mientras el resto del ejército continuaba retirándose.

Los americanos siguieron avanzando. La division Twiggs iba á la vanguardia. Estaban á dos leguas de la capital, á quinientos pasos del convento; comenzaban á penetrar en columna cerrada en Churubusco. De repente, á quemaropa, sufrieron una espantosa descarga de artillería y fusilería. Eran los defensores del convento, del último punto avanzado de la primera línea de defensa, que saludaban dignamente la aproximacion del vencedor.

La columna americana se detuvo sorprendida y asombrada. Creia todo terminado y se encontraba un nuevo obstáculo desconocido é imprevisto.

Los defensores del convento eran apenas unos seiscientos ochenta paisanos salidos del taller, sin la instruccion ni la experiencia que solo se adquiere en los campos de batalla. Tenian encima todo el ejército invasor, triunfante y orgulloso. Sabian que iban á morir y estaban tranquilos. Habian visto pasar los restos de nuestras tropas desmoralizadas por la derrota, diezmadas por la metralla, desanimadas por la adversidad, exhaustas por la fatiga del combate, y no se habian desalentado. Eran un puñado contra una multitud. Estaban abandonados y sin esperanza de socorro. No tenian municiones ni víveres bastantes, ni estaba terminado el parapeto, ni dotada convenientemente su escasa artillería. Comprendian todo esto, y sin embargo, estaban resignados. Combatir, era todo lo que deseaban. Sacrificarse por salvar el ejército y tal vez la capital, era toda su ambicion. Sonreian de orgullo y de felicidad ante la perspectiva de dar su vida por la patria..... Aquellos hombres eran héroes: contra esos héroes iban á medir sus fuerzas las columnas vencedoras.

Repuestos de su sorpresa los americanos volvieron á cargar y fueron rechazados. El convento parecia de fuego; de todos sus flancos brotaban opacas llamaradas y el estallido apenas intermitente del ca-

ñon señalaba á cada instante nuevos vacíos en las filas de los asaltantes. El combate se prolongaba con ventaja para los heróicos defensores del convento. Los americanos habian sido rechazados dos veces con pérdidas enormes. La victoria comenzaba á sonreír á los valientes guardias nacionales. Allí, entre ellos, dirigiendo la batalla, estaban los intrépidos generales Anaya y Rincon, y el esforzado coronel Peñuñuri, y Mendez y Aguilar, y Martinez de Castro, serenos y tranquilos, animando con su ejemplo á sus soldados. Allí estaba tambien el Gavroche de aquellas barricadas, el valiente jóven Villamar, que subiendo sobre el parapeto desde el principio del ataque, permaneció allí durante todo el tiempo de la lucha, expuesto y sirviendo de blanco al fuego de los asaltantes.

Los americanos entretanto habian circunvalado enteramente nuestra posicion. La retaguardia estaba cortada: la division de Worth marchaba por aquella parte; Twiggs atacaba por el frente, y una fuerte columna amenazaba el flanco derecho de los defensores del convento. El combate se generaliza en pocos instantes. Los valientes de Churubusco no desmayan, sin embargo; su entusiasmo no decae; rechazan á la bayoneta en una lucha prolongada cuerpo á cuerpo, el ataque de su derecha, que estaba descubierta.

Cuatro horas habia durado ya aquella defensa heróica; las municiones comienzan á escasear; el fuego sostenido con tanta tenacidad va apagándose con lentitud; el parque enviado por Santa-Anna solo ha podido servir á la compañía de San Patricio, que se bate aún sosteniendo el honor de la defensa con un valor extraordinario, pero por desgracia estéril. Aquel convento, que momentos ántes arrojaba por todas partes torrentes de fuego, enmudece repentinamente; ni un solo tiro sale de sus flancos, y sus defensores, con la muda desesperacion de la impotencia, descansan con tristeza sobre sus armas descompuestas. Ningun arbitrio quedaba ya de resistencia; ninguna esperanza de prolongar la lucha. La fatalidad se habia puesto del lado de los asaltantes; la victoria, voluble y caprichosa, les volvia tambien la espalda. Nuestros soldados se replegan silenciosos al fondo del convento esperando tranquilos el fallo de su suerte. Ni un momento pensaron en rendirse: la idea de capitulacion no cruzó un instante por aquellos héroes.

Los americanos se sorprenden con aquel silencio repentino, cuya causa ignoran. Vacilan todavía algunos momentos en avanzar sobre nuestros parapetos; están dominados aún por el terror de aquella lucha y recelan algun ardid de guerra en aquella calma inesperada. Avanzan por fin: el capitán Smith salta el primero sobre la muralla abandonada, y comprendiendo lo que pasa, enarbola la bandera blanca para contener á la desenfrenada turba que le sigue. Aquellos valientes defensores de la patria les esperan sonriendo con el orgullo del deber cumplido; entregan sus armas con el silencioso desden del que sucumbe á la fuerza ciega del destino adverso; pero no pueden reprimir un movimiento de concentrada desesperacion al ver izarse el pabellon de las estrellas sobre ese hermoso teatro de su heróica lucha.

.....
Así terminó ese episodio, por tantos títulos glorioso, de la desgraciada campaña de 47.

El alma fatigada por la serie increíble de desastres que pesaron rudamente sobre nuestro país infortunado, siente un momento de consuelo al contemplar el heróico sacrificio de un puñado de valientes que supieron colocar tan alto el honor de nuestra patria. Ellos sucumbieron; pero con imperecedera gloria: sacrificaron su vida en defensa de su suelo; pero á sus esfuerzos se debió la salvacion en aquel día, del resto del ejército y de la capital de la República. La patria agradecida consagra anualmente su memoria, tributándoles un homenaje de veneracion y de respeto. Sus nombres ilustres, grabados con caracteres indelebles en el corazón de todo mexicano, los recuerda á la posteridad ese humilde monumento levantado por el pueblo al frente del teatro de su gloria.

Mexicanos: al depositar hoy sobre la tumba de los Héros de 47 la corona de laurel que han merecido sus hazañas, recordad la influencia desastrosa de vuestras discordias intestinas; pensad en las humillaciones sangrientas que las reyertas fraticidas han aglomerado sobre nuestra patria infortunada, y sacrificando en holocausto sublime sobre el sepulcro de esos mártires ilustres vuestros odios de partido, afirmad para siempre en las indestructibles bases de la union el reinado de la PAZ y la FRATERNIDAD.

México, Agosto 20 de 1871.



DISCURSO PRONUNCIADO

POR EL JOVEN

JUAN N. REVILLA Y ESPINOSA.

CIUDADANOS:

Veinticuatro años ha que este lugar solitario y consagrado á la religion, fué testigo de uno de esos hechos que por sí solos conquistan una página en la historia de los pueblos. Veinticuatro años ha que un invasor injusto y afortunado, vino desde la frontera del Norte hasta nuestro hermoso Valle, dejando tras sí un rastro de sangre, de devastacion, de ruinas; y cuando la capital de la República, espantada de la proximidad del enemigo, creia sucumbir muy pronto; y cuando la mayor parte de sus habitantes se cubrian con los pabellones extranjeros; el invasor, que habia arrollado en su tránsito á nuestras mejores tropas y que entonaba ya su hurra de victoria, fué detenido aquí y no pudo pasar sino dejando sobre el campo un considerable número de muertos y heridos, comprando muy caro su mejor triunfo. ¿Y quiénes tuvieron la gloria de que el invasor no entrara á la capital de la República el mismo dia en que se consideró concluida la campaña? ¿Quiénes merecieron el honor que solo se dispensa al mérito y al valor desgraciado? Unos cuantos hijos del pueblo, de esa clase proletaria, siempre laboriosa, siempre honrada, que en todas épocas ha der-

ramado su sangre por la libertad y el engrandecimiento de su patria. La voz de esta, que llamó á todos sus hijos para que la defendieran, fué oida en el pobre y humilde taller del artesano; y este, al escucharla, abandona el hogar doméstico, deja el trabajo desprendiéndose de los brazos de una madre, de una esposa; y enjugando el llanto de sus inocentes hijos, ofrece á su patria este inmenso sacrificio; se arma á sus expensas; se presenta orgulloso y entusiasmado para cumplir con el primero de los deberes de un ciudadano; y al ver frente á frente al enemigo, y pronunciando los dulces nombres de patria y libertad, se decide á combatir para, ó arrancar un laurel á la victoria, ó conquistar la tumba de los valientes.

Los dignos nacionales de Independencia y sus dignos compañeros los del batallon de Bravos, que mandaba el ilustre Gorostiza, vieron desfilar los destrozados y sangrientos restos de nuestro mejor ejército, el del Norte, que sucumbió en Padierna: vieron que los batallones Hidalgo y Victoria se retiraron á la capital: vieron que los que por deber y profesion debian hallarse á la vanguardia del peligro, apenas cubrian la retaguardia de este punto; y sus defensores, abandonados á sus propios esfuerzos, esperaban tranquilos una lucha tan próxima como terrible. Esto pasaba el dia 20 de Agosto de 1847.

Brillaba el sol con el esplendor del mas hermoso dia de verano. Sus benéficos rayos habian disipado las gruesas nubes que la tempestad amontonara la noche anterior sobre el horizonte: la naturaleza permanecia silenciosa, y apenas se oia uno que otro vago ruido de los que produce el aire entre el follaje de los árboles. Los pájaros que hermocean nuestras campiñas y florestas, cantaban himnos de felicidad, sin presentir que esta escena deliciosa pronto iba á cambiar en un combate á muerte.

En estos momentos que no se pueden recordar sin la mas tierna emocion, las columnas americanas marchaban sobre el fuerte de nuestra posicion, y aunque venian victoriosas, y aunque su número era infinitamente mayor que el de nuestros soldados, estos los esperaban con la confianza que da el valor y la justicia de la causa que se defiende; y en posicion con las armas preparadas y al grito de: viva la patria y la independencia, se rompe el fuego, cuyo eco hirió en la capital como un remordimiento cruel, el corazon de los traidores y de los misera-

bles que se hicieron indignos del nombre de mexicanos. La batalla se generaliza; el plomo homicida hiere á los que se presentan á su paso: la sangre corre á torrentes y la muerte tiene apenas tiempo para señalar sus víctimas. Los hombres que el día ántes empuñaban los nobles instrumentos de las artes, son verdaderos soldados: su emulacion es grande por distinguirse en el combate, y al ver caer á un amigo á un hermano, se apoderan de su arma y continúan resistiendo heroicamente.

¡ Dos veces tuvisteis, soldados de Independencia, la gloria de rechazar á los americanos, y en vuestro corazón sentíais ya el placer de la victoria, cuando un acontecimiento inesperado y oculto hasta hoy en el mas profundo misterio, cambió la posición de vencedores en vencidos: faltaron los cartuchos; resististeis hasta quemar el último, y los americanos os hicieron prisioneros cuando estábais desarmados; fuisteis vencidos, no por el invasor, sino por la desgracia y la imprevision. Cuando así se sucumbe, también hay gloria; y por eso César al caer herido bajo el puñal de Bruto, fué mas grande que al hacerse dictador. Por eso el ilustre Morelos fué mas grande al recibir del Catepec las balas realistas que pusieron fin á su gloriosa existencia, que al defender heroicamente á Cuautla: por eso los americanos os concedieron los honores de la guerra sin capitulación: os respetaron, aun os pidieron que rectificáseis su conducta y valor en el combate.

Declinaba el sol y todo habia concluido; los defensores de Churubusco derramaban lágrimas de desesperacion porque veian perdidos sus mas nobles esfuerzos. Miraban el campo de batalla y encontraban los restos de un Peñúñuri, de un Martínez de Castro, de un Oliva, y de otros muchos amigos y compañeros cuya sangre fresca aún acreditaba el sacrificio que hicieron en aras de la patria. Volvian la vista á la capital y se acordaban de sus familias desgraciadas y acaso en la miseria; y sin embargo, permanecieron fieles á su bandera siguiendo la suerte de sus compañeros: sacrificio grande, heroico, digno de los mejores tiempos de Esparta y Atenas.

Y los que supieron dar la vida en defensa de nuestra patria, ¿no merecen un recuerdo de sus conciudadanos? Sí, señores, y por eso estamos reunidos aquí: y por eso el supremo gobierno de la nacion

viene á honrar á los que viven de Independencia y á poner sobre la tumba de los héroes una corona de laurel.

Conciudadanos: ved en esta fúnebre solemnidad que el valor y el mérito no se olvidan, y si la independencia ó la libertad peligrasen, agrupémonos bajo el estandarte nacional; defendamos nuestros mas caros intereses, y sin miedo, porque nuestra bandera la lleva, y con mucha gloria, el presidente de la República.

A LA MEMORIA

DE LOS

QUE SUCUMBIERON EN CHURUBUSCO

EL DIA 20 DE AGOSTO DE 1847.

Son mezquinos los cantos de victoria
 Para ensalzar los inmortales hechos
 De los que hallaron en la muerte gloria
 Poniendo por trinchera nobles pechos:
 En su tumba que irradia eterna llama,
 Todo enmudece; solo habla la Fama.

Un dia quiso el invasor salvaje
 El suelo de la patria hollar tirano;
 Y ántes que consentir tamaño ultraje,
 Los que un pecho alentaron mexicano,
 En los campos de honor dieron su vida,
 En aras de esta patria tan querida.

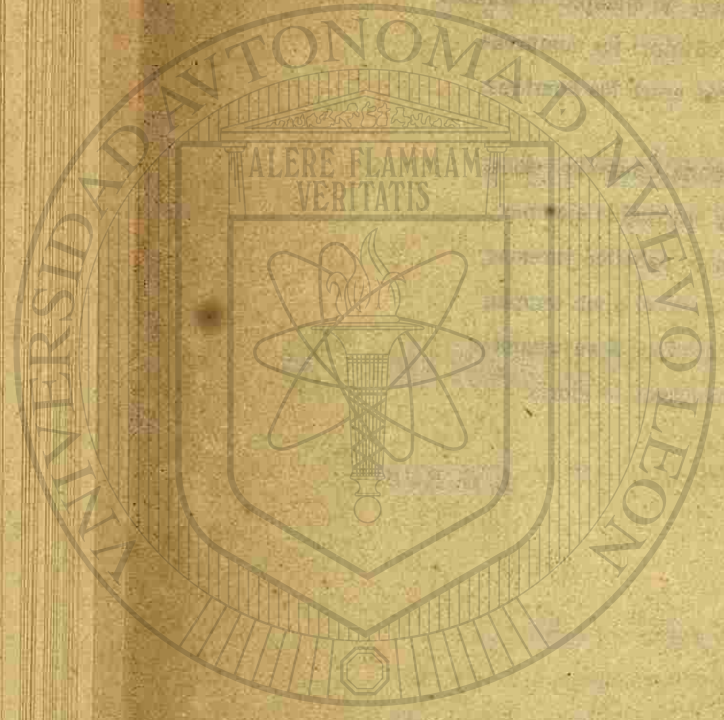
¡Epopéya sublime! sus blasones
 Grabados se hallan con buril profundo
 En la historia, y á mil generaciones
 De orgullo servirán, de ejemplo al mundo:
 De Castro y de Peñúñuri los nombres
 Por siempre vivirán entre los hombres.

Hoy que su tumba venerada vemos,
 Seguir su noble y envidiable ejemplo
 Por nuestro hermoso pabellon juremos,
 Siendo de su recuerdo el alma templo;
 Miéntras la patria ofrece á su memoria
 Rico laurel de inmarcesible gloria!

L. G. RUBIN.

1020000780

ROJO CHURUBUSCO



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



REX
10